

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T **POLICIACO**

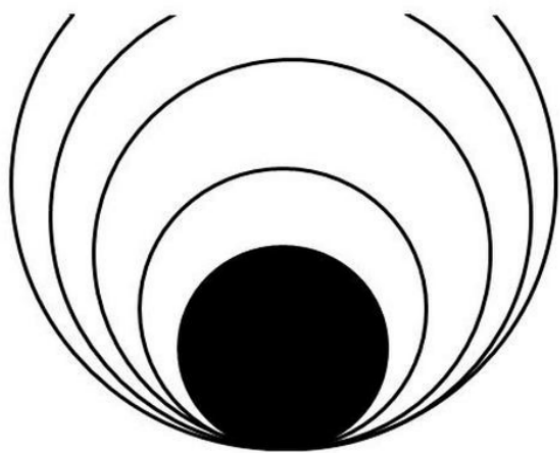
LOU CARRIGAN

Viaje extravagante

EXIT
→



**GANE 1
MILLON**
DE PESETAS



PUNTO ROJO



ENCONTRARÁ OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR
EN LAS COLECCIONES DE
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
QUE SE DETALLAN A CONTINUACIÓN:

Servicio Secreto
Punto Rojo
Bisonte Serie Roja
Bisonte Serie Azul
Búfalo Serie Roja
Búfalo Serie Azul
Selección Terror
La Conquista del Espacio

LOU CARRIGAN

VIAJE EXTRAVAGANTE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1172
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B, 40.310 1984

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: enero, 1983

1ª edición en América: julio, 1985

© Lou Carrigan 1985

texto

© Norma 1985

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Estás ocupado, Marlon?

Marlon West, que acababa de abrir la puerta de su apartamento envuelto de cualquier manera en una toalla y dejando perdido de agua jabonosa el apartamento, frunció el ceño con su característico gesto de mala uva, pero enseguida sonrió con evidente cachondeo.

—Oh, no... No señor. No crea que estaba en el baño, nada de eso... Es que yo siempre salgo a abrir la puerta de esta manera.

—¿Estás solo?

—Sí... pero por poco tiempo.

—Bien... Bien.

El hombre que visitaba a Marlon West entró en el apartamento. West titubeó, masculló algo, y terminó por cerrar la puerta, para trotar en pos de su visitante, que se adentraba hacia el salón.

—De verdad, jefe —pareció implorar Marlon—: ¡dentro de una hora va a venir una chica que está como un tren a buscarme!

—Hombre, es curioso que hables de un tren... ¡Realmente curioso!

—¿Qué tiene de curioso un tren?

—Será mejor que termines de bañarte... Te acompaño al cuarto de baño.

Marlon West se quedó mirando al hombre en cuestión. Estuvo así no menos de diez segundos. Por fin parpadeó, asintió, y se encaminó al cuarto de baño. Se quitó la toalla, dejando al descubierto una anatomía impresionante, y se metió de nuevo en la bañera. En el borde de esta había un vaso con *whisky* con hielo, y un cenicero en el cual humeaba un aromático cigarro de Virginia. Marlon West bebió un sorbo de *whisky*, se puso el cigarro entre los dientes, y se hundió en el agua caliente hasta el cuello.

—Ajajá —dijo—. ... ¡Ajajá!

—¿Has oído hablar de Ferrocarriles Fantasía? —preguntó su

jefe.

—No. Ni idea. ¿De qué se trata?

—¿Y de Dulce Nombre?

—Hombre, eso me suena... Lo de dulce, quiero decir. Es que como me gustan las chicas tan dulces... Dulce Nombre. No.

—Es una estación de ferrocarril. Pero ni la estación de Dulce Nombre, ni Ferrocarriles Fantasía los encontrarás en ninguna guía. Tú conocías a Claude Hawkins, ¿verdad?

—Sí, lo estu... ¿Conocía?

—Lo han matado de tres balazos en la espalda. Por los impactos parece que los atacantes fueron dos. En Balística están trabajando en ello.

Hubo un lento parpadeo en los ojos de Marlon West. Sus labios se apretaron un instante con aquel gesto que su jefe conocía bien. Luego, bebió otro sorbo de *whisky*, y continuó fumando del aromático cigarro.

—¿Dónde ocurrió? —murmuró.

—El cadáver de Hawkins se halló entre Charco Escondido y Río Bravo, cerca de Matamoros, para que puedas situarte. En un lugar muy próximo a la frontera mexicana.

—¿Qué hacía Claude en México?

—Estaba asignado al esclarecimiento del caso Van Vorken. ¿Conoces a Rij Van Vorken?

—¿No es uno de los ministros de Surinam?

—Uno de los más influyentes —asintió el jefe de Marlon—. Hace dos días, la hija de Rij Van Vorken fue secuestrada en Miami, donde había hecho una parada en su viaje de recreo. Bueno, más o menos secuestrada.

—¿Más o menos? —se sorprendió Marlon.

—Hace una semana la señorita Marya Van Vorken parte de Paramaribo con tres acompañantes: una secretaria y dos... secretarios, que naturalmente son sus guardaespaldas. Todo normal. La señorita Marya Van Vorken llega a Miami, se divierte, todo resulta simpático. De repente, la señorita Van Vorken abandona a su secretaria y a sus guardaespaldas y se marcha subrepticamente de Miami en compañía de un sujeto desconocido. A la mañana siguiente los guardaespaldas y la secretaria de la señorita Van Vorken dicen que esta ha sido secuestrada durante la noche. Así

que, naturalmente, se han movilizado las autoridades y agentes especiales de su país, y, por supuesto, nuestro famoso FBI. Nosotros, la CIA, creemos saber dónde está la señorita Van Vorken, pero por el momento no pensamos decirlo. Antes nos gustaría saber qué es lo que está tramando con este rapto falso.

—Claro. ¿Dónde está?

—Según las noticias que fue proporcionando Claude Hawkins, en Dulce Nombre, o en Ferrocarriles Fantasía. Está claro que Hawkins se las fue arreglando para seguir a Marya Van Vorken y su acompañante hasta México. Estamos investigando la ruta seguida por Hawkins, cosa bien fácil, ya que pidió dinero y colaboración en dos ocasiones durante el viaje desde Florida a Corpus Christi, en Texas. Desde Corpus Christi, evidentemente, la señorita Van Vorken y su acompañante viajaron hacia México en automóvil, y pasaron clandestinamente la frontera. Hawkins hizo lo propio, y entonces se le perdió la pista... Pero fue hallado pronto. Estaba muerto. Pero nos había dejado una indicación. Mira esto: es un trozo de la camisa que Hawkins llevaba puesta cuando fue hallado cadáver.

Marlon tomó el estuche de plástico que le tendía su jefe. Dentro, muy bien colocado y planchado, había, en efecto, un trozo de tela de la camisa; en ese trozo de tela borrosamente, se leía:

MARYA VAN VORKEN

Estación tren Dulce Nombre.

—Ese trozo de la tela —explicó el jefe de Marlon cuando este le miró en silencio— estaba dentro de la boca de Claude Hawkins. Se ha comprobado que él mismo escribió ese mensaje, utilizando su bolígrafo. Luego se puso el trozo de tela en la boca: por eso lo escrito se ve un poco borroso.

—Podríamos suponer —murmuró Marlon— que Claude estaba huyendo, quizá ya herido, y que se escondió para poder escribir esto. O bien huía o le engañaron y le sorprendieron por la espalda. En cualquier caso, pudo correr un trecho y escribir esto antes de caer, o ser alcanzado por más balas.

—Sí. Le habían quitado todo lo que llevaba encima suponemos que después de muerto, pero claro, su asesino o asesinos no pensaron que pudiera tener un mensaje en la boca. De modo que lo

dejaron tirado entre unos cactus entre Charco Escondido y Río Bravo, posiblemente pensando que nunca lo encontraríamos, o que cuando esto ocurriese los zopilotes o cualquier otra alimaña ya habrían dado cuenta de él. Y precisamente los zopilotes fueron los que llamaron la atención de unos muchachos que estaban por aquellos parajes haciendo diabluras con esas motos especiales... Lo demás, hasta que la noticia llegó a nosotros, fue cuestión de tiempo y rutina.

—¿Qué estamos haciendo ahora nosotros? La CIA, se entiende.

—Estamos vigilando a la secretaria y a los guardaespaldas de la señorita Marya Van Vorken, que continúan en Miami, ahora con el señor Rij Van Vorken, que naturalmente acudió en cuanto fue avisado del... secuestro de su hija. Por ese lado no tenemos problemas, todo está controlado. Pero... nos gustaría saber qué está haciendo la señorita Van Vorken en México y concretamente en Ferrocarriles Fantasía.

—¿Qué es exactamente eso de Ferrocarriles Fantasía?

—Un complejo turístico.

—Un complejo turístico —repitió Marlon—. Bien. ¿De qué clase?

—Digamos que es... bastante exótico. Al parecer algunas personas lo llaman el Tren De Los Solitarios. Se trata de un trenecito que recorre una gran extensión de terreno, realizando un viaje por el que muchos millonarios pagan grandes sumas. El terreno es privado, y el trenecito que lo recorre también lo es, por supuesto. Salvo las personas que hayan sido aceptadas en la estación Dulce Nombre y tengan su billete nadie puede viajar en Ferrocarriles Fantasía.

—Estoy interpretando que no es un lugar secreto.

—No, no lo es. Es exclusivo para gente muy rica, pero no secreto. Todo el terreno, y claro está, las instalaciones y el trenecito, pertenecen a un multimillonario mexicano llamado Lázaro Comesaña, un sujeto bastante... enigmático, poco amigo de aparecer en público y de relacionarse con la *jet set* fuera de su feudo de fantasía, se entiende.

—¿Por qué es millonario el señor Comesaña? ¿A qué se dedica?

—Pura y simplemente petróleo. Y nada más. Nada.

—Pues algo extraño debe de haber en toda esta maniobra que le

ha costado la vida a un agente de la CIA. Nadie corre el tremendo riesgo que significa enfrentarse a la CIA matando a uno de sus hombres... a menos que el riesgo valga la pena, o que ese hombre haya descubierto algo... mucho más importante que un complejo turístico que, por otra parte, ya es conocido a cierto nivel. En cualquier caso, como mínimo, debe extrañarnos esa simulación de secuestro.

—Claro. Una de las explicaciones posibles que se nos ha ocurrido al respecto es que tal vez a la señorita Van Vorken la amenazaron por ejemplo con asesinar a su padre en Paramaribo si ella no acompañaba de agrado a la persona que le hizo la advertencia. Pero claro, también podría ser que ella con conocimiento de su padre o no, esté llevando a cabo algo... impensable, que en principio, cuando menos, nos intriga... y que podría llegar a preocuparnos seriamente. Aparte del ya consumado asesinato de tu amigo Hawkins.

—Bueno, no nos besábamos en la boca cuando nos veíamos —murmuró Marlon—, pero trabajamos juntos un par de veces en Centroamérica; supongo que coincidimos por el hecho de hablar los dos el español. Era un buen muchacho... Quiero decir todo lo buen muchacho que se puede ser trabajando para la CIA.

—Marlon, me gustaría que fuese tú a ver ese trenecito.

—¿Por qué yo?

—Hablas muy bien el español, puedes ser simpático cuando te lo propones, tienes una amable pinta de millonario, y detrás de todo eso tienes una mala leche que se merecen quienes hayan matado a Hawkins.

—Caray... Razones más que convincentes. ¿Cuándo tengo que salir para México?

—Cuando termines de bañarte.

—Me lo temía. Pero bueno, a uno no le matan un compañero todos los días, y en cambio, todos los días se pueden encontrar mujeres. Y de todos los tamaños, clases y colores: rubias, pelirrojas, castañas, trigueñas...

CAPÍTULO II

Era una morena preciosa, joven, con un cuerpo absolutamente escultural y una gracia de movimientos que podía definirse como un arte. Vestía de modo informal, unos viejos tejanos, unas zapatillas deportivas, y un jersey que modelaba su bellissimo busto como si formase parte de este...

Algo fuera de serie.

Pero no era por esto por lo que Marlon West le estaba concediendo tanta atención, mirándola con sus prismáticos desde su escondrijo. Le habría concedido igual atención a cualquier persona que se hubiera aproximado a la estación Dulce Nombre, y ahora estaba conversando con la expendedora de *tickets*.

Todo aquello tenía su gracia, desde luego.

Mientras seguía espiando a la morena preciosa, Marlon West recordaba su propia llegada a Dulce Nombre el día anterior. Había llegado cruzando la frontera norteamericana, y no había tenido problemas para encontrar el lugar. No podía haber problemas para encontrar nada menos que un vagón de ferrocarril...

Porque eso era la estación Dulce Nombre: un vagón de ferrocarril. No un vagón corriente, claro, pero un vagón a fin de cuentas. Desde la localidad de Charco Escondido Marlon había llegado siguiendo las últimas indicaciones recibidas en esa localidad. Había circulado por un camino de tierra, luego por un sendero, y finalmente, cuando en la distancia había avistado una cierta acumulación de vegetación, se había dirigido allá en línea recta, rebotando por el desigual terreno.

Y así llegó a lo que le pareció un oasis.

Había, en efecto, vegetación. Nopales, especialmente, y otros arbustos que no conocía. El conjunto formaba algo así como un jardín en cuyo centro estaba el vagón de ferrocarril, estacionado en el final de la línea férrea. Línea férrea que se perdía a lo lejos, hacia

el Oeste, como siguiendo el camino del sol.

El lugar donde estaba el vagón era, obviamente, el final de esa línea férrea, con su tope formal de una gruesa viga cortando la ruta. Casi pegado al tope estaba el vagón, muy bien pintado y cuidado, con flores y cortinajes en las ventanillas y hermosas plantas en los accesos de dos extremos. En uno de los extremos no ponía indicación alguna. En el otro, había un cartelito y una flecha indicando: Taquillas. En los lados del vagón, en letras doradas tan limpias y pulimentadas que parecían de oro, se leía: Ferrocarriles Fantasía.

Era cuando menos chocante.

Y ciertamente exótico.

Alrededor del vagón y a ambos lados de la línea férrea todo era puro desierto, prácticamente. Pero aquel vagón sugería belleza, confort, alegría.

Y había una taquillera que era una preciosidad. Rubia, eso sí. Y que además hablaba perfectamente el inglés. Quizás fuese inglesa. Quizá fuese norteamericana. Una chica norteamericana contratada por Ferrocarriles Fantasía para atender a los clientes de habla inglesa. Lógico.

Esto era otra cosa que también recordaba perfectamente Marlon West: la taquillera. Tenía unos ojos azules que eran mortales de necesidad, y una boca gordita y sonriente que sería pecado utilizar para otra cosa que no fuese besar. Y unos pechos...

Ella le había recibido con una sonrisa deliciosa, sentada dentro de la cabina de despacho de billetes. Marlon se había inclinado hacia el cristal con dos orificios (uno a la altura de su boca y otro para deslizar los billetes) para verla todavía mejor.

—Buenas tardes, señorita —había saludado en español—. ¿Cómo está usted?

—Muy bien, señor —había reído ella de modo hechicero—. Pero puede hablar en inglés si lo desea.

—Ah... Ah, estupendo. ¿Es usted norteamericana?

—Soy la taquillera de turno de Ferrocarriles Fantasía, señor. Solo eso.

—Hum. ¿Debo entender que no se les permite ser simpáticas con los viajeros?

—Simpática, sí, señor. Es más: tenemos la obligación de serlo.

Lo que no podemos hacer es atender circunstancias personales.

—Circunstancias personales —había rumiado Marlon West—. Sí, creo que lo entiendo. Vamos, que no les está permitido ligar. ¿Es así?

La taquillera tenía mucho estilo, o estaba muy bien aleccionada. O ambas cosas. El caso fue que se había limitado a sonreír cortésmente... Solo cortésmente, casi con frialdad. Lo suficiente para que Marlon West comprendiera que su simpatía personal no le iba a servir de nada. Aunque, tal vez, la preciosa taquillera se estuviese muriendo de ganas por relacionarse con él, no lo haría. Así de simple. No al menos, mientras estuviera de servicio... lo cual había que tener en cuenta.

—Bien —había carraspeado Marlon—, vamos a dejar de lado las... circunstancias personales y pasemos al viaje. ¿Cuánto cuesta el *ticket*?

—Depende, señor.

—Depende... ¿de qué?

—De que usted desee experimentar más o menos emociones.

—Más o menos emociones —rumió de nuevo Marlon West—. Bueno, sea tan amable de ponerme un ejemplo o hacerme una sugerencia.

—No puedo informarle más que de los precios, señor. Los alicientes del viaje no pueden ser revelados.

—Los alicientes del viaje. —Marlon sonrió de pronto—. ¡Caray, eso suena muy bien, ¿verdad?! Pero vaya, usted no puede decirme cuáles son esos alicientes.

—No señor, lo siento. El pasajero los va descubriendo por sí mismo durante el viaje.

—¿Y cuánto dura el viaje?

—Depende, señor.

—¿De qué depende? —Gruñó Marlon.

—Del pasaje que usted adquiera. Tenemos cuatro tarifas, cada una de las cuales ofrece una ruta y un aliciente o varios. Evidentemente, cuánto mayor es la tarifa más largo es el viaje y se disfruta de más alicientes.

—Evidentemente —asintió Marlon—. Bien: ¿cuáles son esas tarifas?

—¿No se las ha explicado su amigo, señor?

—¿Mi amigo? ¿Qué amigo?

—Se supone que viene recomendado por alguien que ya ha realizado uno o más viajes en Ferrocarriles Fantasía.

—Pues se supone mal. Nadie me recomienda. Simplemente, he oído hablar de esto y he querido ver de qué se trata. ¡No me diga que si no me recomienda alguien no puedo viajar con ustedes!

—Sí que puede, señor, naturalmente. Pero entonces las cosas son un poco diferentes. Debe usted depositar fianza de veinticinco mil dólares, además del precio del viaje.

—Veinticinco mil dólares de fianza... ¡Caray! ¿Pues cuánto cuesta el viaje?

—Tenemos cuatro tarifas: veinticinco, cuarenta, cincuenta y cien.

—Eso ya está mejor —soltó un suspiro Marlon West—. Pero no tiene sentido, ¿sabe? Pedir una fianza de veinticinco mil dólares por un viaje que como máximo cuesta cien no me parece que encaje mucho. Además, ¿fianza de qué o para qué?

—Al principio del funcionamiento de Ferrocarriles Fantasía hubo... algunas molestias debido a la intrusión de gente poco recomendable. Es por eso que la dirección optó por pedir que cada viajero llegase recomendado por otro anterior, que naturalmente fuese persona de confianza, y que dejase esa fianza, por si cometía... desmanes o causaba estropicios. De este modo, señor, nuestros viajeros saben que están libres de gamberros y gente desagradable en general.

—Me parece muy bien.

—¿Desea usted un pasaje, entonces?

—Por supuesto. El más caro.

—¿Cuál es su nombre, señor?

—Marlon West.

—¿Su dirección?

—¿Quiere decir mi domicilio?

—Por supuesto, señor.

—¿Y qué tiene que ver mi domicilio con este viaje?

—Debemos conocer su nombre, dirección y profesión, y el nombre de su banco antes de expedirle el pasaje. Con esos datos llamamos a su lugar de procedencia y procedemos a encargar una... brevísima pero fiable investigación sobre su persona. Le aseguro

que somos discretísimos, pero... estamos o estábamos bastante hartos de gente desagradable. Y no es que tan siquiera sugiera que usted lo sea, señor. Simplemente, son las normas. Y nadie protesta por ellas.

—Pues yo sí. No pienso contarle mi vida a nadie.

—Me parece bien, señor.

—Es decir, se la contaría a usted, pero me da la impresión de que mientras permanezca ahí dentro no le interesa.

—En efecto, señor: no me interesa. A mí personalmente, no, se lo aseguro. Pero las normas...

—Entiendo, entiendo —masculló Marlon—. Bueno, en definitiva, puesto que no tengo amigos que me presenten a ustedes, debo facilitarle todos esos datos, depositar veinticinco mil dólares de fianza, y, naturalmente, pagar el viaje, es decir, cien dólares más...

—Mil.

—¿Cómo mil? ¡Acaba de decirme cien!

—Quiero decir cien mil.

—¿Cien mil qué?

—Cien mil dólares, señor.

—¿Cien mil dólares? ¿En concepto de qué?

—Usted ha dicho que quería el pasaje más caro, señor.

—¡Claro! ¡El de cien dólares!

—Me temo que no me entendió antes —sonrió la taquillera de Ferrocarriles Fantasía—: cuando dije veinticinco, cuarenta, cincuenta y cien, quería decir mil. Hablaba de miles, señor.

—¿Cien mil dólares por un viaje en tren?! —aulló Marlon West.

—Puede usted escoger el de veinticinco mil, naturalmente.

—¡Pero qué está usted diciendo, encanto...! ¿Es una broma? Ya veo: no es ninguna broma, ¿verdad? O sea, que si quiero viajar en ese tren debo conseguir como mínimo cuarenta mil dólares.

—En efecto, señor.

—Y usted cree que eso es una fortuna para mí.

—Yo no creo nada, señor.

—Ya, ya. Seguro que está pensando que soy un muerto de hambre. Pues se equivoca. Lo que pasa que no llevo encima cincuenta mil dólares, no sé si eso le parece comprensible.

—Desde luego que sí. Pero puede extenderme un cheque, si lo

desea.

—Me dejé el talonario en Texas.

—Es una lástima, señor. Tal vez podría solucionar el problema mientras espera usted en el Desert Hotel de Charco Escondido. Muchos de nuestros pasajeros esperan allí su turno de emprender el viaje.

—No he visto ese hotel cuando he pasado por Charco Escondido.

—Si pregunta por él cualquiera le dirá dónde está. Y mientras esperamos que llegue el tren para descargar pasajeros y tomar el nuevo pasaje puede llamar a Texas y arreglar sus cosas. Estará usted muy bien en el Desert Hotel, señor.

—Ya veo. Se acabó la conversación, ¿eh?

—Yo no tengo nada más que hacer que atender a nuestros pasajeros, señor: pero se me ocurre que quizá usted prefiera aprovechar el tiempo yendo al hotel para llamar a Texas.

—Es una buena idea.

—Celebro que lo entienda así, señor. Espero verle por aquí cuando salga el próximo circuito.

—Seguro. Sí, seguro. ¿Y cuándo sale?

—Pasado mañana.

—Pues aquí estaré.

—Espléndido, señor...

Sin embargo, donde estaba ahora Marlon West era espiando la estación Dulce Nombre con prismáticos. Había metido el coche desierto adentro, y sentado en el capó (que parecía al rojo vivo) vigilaba el vagón. Había empezado a vigilarlo la tarde anterior, después de simular marcharse, convencido de que la taquillera saldría de allá para ir posiblemente a Charco Escondido. Pero no. La taquillera había pasado la noche en el vagón. No salía de este para nada...

Tal vez saldría ahora. Tal vez la preciosa morena fuese el relevo, y dentro de poco la rubia saliera del vagón-estación, y se alejara en el coche de la morena. Porque si la rubia era guapa la morena lo era más, así que merecía el puesto de taquillera... ¡Y muchísimo más!

¿Y si fuese a la taquilla a «trabajar» a la morena cuando se fuese la rubia? ¿O era mejor seguir dedicado a la rubia? La noche anterior, cuando se cansó de esperar que la rubia abandonase el vagón, finalmente había ido al Desert Hotel, sito en la periferia de

Charco Escondido. Tenía una habitación allí. Si la rubia viniera también al hotel a descansar, tal vez pudiera convencerla de que las... circunstancias habían cambiado. Cualquier cosa menos dar su dirección en Texas, naturalmente...

La morena.

La morena salía en aquel momento del vagón-estación. Vista en la distancia y utilizando los prismáticos era bellísima. ¿Cómo sería vista de cerca, cara a cara, a distancia de un metro o dos? ¡Y con qué gracia se movía...! Estaba bajando la breve escalerilla del viejo, romántico y bien conservado vagón con una gracia jamás vista antes por Marlon West. Tenía una cabellera negra, muy rizada, espléndida. Y un busto que era sensacional. No por grande ni vulgarmente llamativo, no. Nada de eso.

Era un busto perfecto, eran unos pechos de antología humana...

La morena se metió en su coche y comenzó a alejarse de la estación Dulce Nombre.

Emprendía el regreso a Charco Escondido, seguro.

Marlon West estuvo titubeando unos pocos segundos.

Luego se metió en su coche, que le pareció un horno y le hizo lanzar una maldición, y partió en pos de la bellísima morena... que, bien claro estaba, no era el relevo de la taquillera rubia.

De modo que... ¿era una futura pasajera del Tren De Los Solitarios?

Detuvo su coche delante del hotel y detrás del de ella justamente cuando la morena entraba en el vestíbulo. Sin prisas aparentes, Marlon West entró tras ella, y se congratuló al verla dirigirse al bar, que estaba situado en una graciosa terraza con flores y plantas desérticas, abierta a una hermosa y hasta impresionante vista del desierto, y cubierta por las plantas trepadoras. El ambiente era allí tan fresco, tan agradable, tan simpático, que el resto de las aceptables comodidades del hotel perdían importancia.

La morena se había sentado a una mesita, y estaba pidiéndole algo a un camarero. Éste se alejó, y la morena procedió a encender un cigarrillo. Sin pensárselo dos veces Marlon West se plantó ante ella, y sonrió. La sonrisa del alto, rubio y guapo Marlon West era demoledora, y él lo sabía. Pero la morena no pareció precisamente a punto de desmayarse de la emoción. Simplemente se lo quedó mirando con aquellos grandiosos ojazos negros capaces de hacer

enloquecer de amor a una piedra.

Vista de cerca era para morirse de gusto, todos sus encantos aumentaban, todo parecía más real, de más calidad, más cálido... Marlon West tuvo que hacer un esfuerzo para reaccionar.

—Perdone —dijo tras la sonrisa demoledora—, no quiero parecerle un desaprensivo, pero...

—... Pero se le han terminado sus cigarrillos americanos, ha visto que yo fumo cigarrillos americanos, y se ha atrevido a pedirme que le invite a fumar. ¿Es eso?

—Sí... Sí, exactamente. Disculpe que...

—No hay problema. En cualquier caso, siempre podré pedir más en el bar o en conserjería. Están al alcance de cualquiera, ¿sabe?

—Sí, sí. Esto... Ejem... Es que yo soy norteamericano, y...

—¡No me diga! —Abrió mucho los ojos la morena del cabello rizado casi como el de una negra—. ¿De verdad es usted yanqui? ¡Nunca lo hubiera pensado!

—Me está tomando el pelo, ¿verdad? —Frunció el ceño Marlon.

—¿A usted qué le parece? —entornó los ojos la morena—. Me está usted siguiendo desde Dulce Nombre más o menos, se mete en mi hotel como si tal cosa, y me trata como a una tonta recurriendo al procedimiento de los cigarrillos para hacer contacto. ¿Qué tengo que hacer? ¿Caer rendida de admiración y bobería a sus pies?

—Caray —sonrió Marlon—, ¡tampoco hay para tomárselo así! Mis intenciones no son malas.

—¿De verdad que no? Me gustaría poder juzgar por mí misma eso que dice. ¿Cuáles son sus intenciones?

Marlon West estuvo unos minutos mirando fijamente los negros ojos que parecían estar fotografiándolo. Y comprendió que andarle con mentiras a la morena era hacer el tonto, así que dijo:

—Se me ocurrió que usted podría ayudarme a hacer un viaje en Ferrocarriles Fantasía. Tengo la impresión de que a usted le han expedido billete, así que seguramente es ya conocida de esa gente, y tal vez aceptaría presentarme como amigo suyo. Me llamo Marlon West.

La mirada de la morena, aquella mirada reluciente, reveladora de una inteligencia poco común, estuvo fija en los grises ojos de Marlon West todavía unos cuantos segundos. Por fin, la morena dijo:

—Yo soy Rocío Alvarado. Siéntese, señor West.

CAPÍTULO III

Marlon West se sentó frente a la morena, diciendo:

—De todos modos yo habría tenido que venir a parar también a este hotel aunque no la hubiera seguido: estoy alojado en él desde antes que usted. Es decir, desde ayer por la tarde.

—¿Cómo sabe que yo no estaba alojada aquí ayer?

—Porque la habría visto. A menos de que usted se esconda no es precisamente una de esas personas que pasan desapercibidas. —Marlon sonrió de aquel modo encantador—, dicho sea con la mejor intención.

—¿Cómo debo entender esa intención?

—La de halagarla. Vamos, señorita, usted sabe perfectamente que es una chica bellísima.

—Muchas gracias —sonrió ella.

—No hay de qué. ¿Me permite invitarla? Y si no le importa pediré lo mismo que usted.

—Le permito ambas cosas —terminó por reír Rocío Alvarado.

El camarero acababa de llegar con el pedido de la morena y Marlon le pidió lo mismo para él y encargó que lo anotaran todo en su cuenta. El camarero asintió y se alejó. Marlon se quedó mirando al alto vaso que Rocío tenía ante ella, y en cuyo borde había una rodaja de limón.

—No me diga que es tequila —masculó.

—Es tequila. ¿No le gusta? ¿Le encuentra algo malo?

—De malo no. Pero hay que tener valor para beberse un vaso lleno como el suyo de tequila.

—Está rebajada con agua tónica.

—¡Ah...! Eso ya es otra cosa. Bien... Esto... ¿Puedo contar con su ayuda para hacer un viaje, señorita Alvarado?

—Quisiera que se diera usted cuenta del compromiso que eso significa para mí —dijo ella mirándole fijamente—. Recomendarle

significa quedar como fiadora de usted, naturalmente. Y no le conozco, señor West. Parece usted una persona agradable y educada, pero...

—Le aseguro que soy de fiar.

—No voy a dudarlo. Pero a fin de cuentas tampoco es un problema grave depositar la fianza. Usted debe de haber comprendido, claro está, que cuando termine el viaje se la devuelven.

—Sí, sí. Pero en estos momentos lo que menos me preocupa del viaje es la fianza.

—¿Qué es lo que le preocupa?

—No quiero que nadie sepa que estoy aquí. Es decir, no quiero que lo sepan en mi oficina de Texas. Estoy un poco cansado, y precisamente lo que quiero es evadirme, distraerme en solitario, sin tener que soportar viejos amigos ni gentes que vengan a acosarme pidiéndome favores o proponiéndome negocios. Y supongo que si Ferrocarriles Fantasía se interesa por mí en mi residencia tal vez se produzca una indiscreción respecto al lugar donde me hallo.

—Creo que entiendo. ¿Es usted un hombre importante?

—Bueno, digamos que tengo tantos y variados negocios que no hay modo de que la gente me deje en paz.

—En ese caso su problema no es de dinero.

—¡Claro que no! Ayer mismo llamé a una persona de toda mi confianza para que me trajera discretamente cierta cantidad. Esa persona vendrá, me entregará el dinero, y se marchará como si no me hubiera visto, y no dirá ni a mi madre dónde estoy. Así da gusto, ¿no le parece?

—¡De modo que tiene usted madre! —rio Rocío.

—Es lo normal, ¿no?

—Si no se muere, sí.

—Ah... Claro, entiendo. ¿La suya murió?

—Hace mucho tiempo, señor West.

—Lo siento.

Rocío asintió y bebió un sorbito de tequila con tónica y limón. El camarero llegó en ese momento con otro vaso idéntico para Marlon, que lo tomó y probó cautamente su contenido. Hizo un gesto de aprobación, y bebió decididamente.

—Bueno —rio de nuevo Rocío—, ya que se ha acercado con el

pretexto de los cigarrillos americanos, fume si quiere.

—Es usted muy amable —sonrió el alto, guapo y rubio Marlon West—. ¿Puedo confiar en que lo será hasta el extremo de presentarme como amigo suyo? Podríamos decir que yo no sabía que usted conociera los Ferrocarriles Fantasía, pero que nos hemos encontrado en este hotel... Etcétera.

—Sí, etcétera. Está bien, señor West, le presentaré. ¿Qué tarifa piensa adquirir usted?

—La que adquiera usted.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Me gustaría hacer ese viaje con usted. Tengo el presentimiento de que resultará doblemente interesante. Ya sé que lo llaman El Tren De los Solitarios, pero... tampoco hay que exagerar. En lo que a mí respecta me encanta estar bien acompañado.

—Eso nos gusta a todos. Yo he adquirido ya la tarifa de cincuenta mil dólares.

—De acuerdo.

—No sé —titubeó Rocío—. La verdad es que estos viajes se hacen mejor solo, según tengo entendido.

—¿Según tiene entendido? —se sorprendió Marlon West—. Creía que usted ya había viajado antes en Ferrocarriles Fantasía.

—Si he dado esa impresión lo siento de veras. Lo cierto es que también para mí es la primera vez. A mí me recomienda un amigo... Un gran amigo muy conocido en México, un torero famoso. Supongo que a mi vez yo puedo llevar otro amigo. En lo que a mí respecta ya le he dicho que no tengo inconveniente. Veremos qué dicen en la taquilla mañana cuando le presente a usted.

—Esperemos que todo vaya bien. Bueno, se me ocurre que al menos su amigo torero le habrá dicho algo sobre el viaje, algunos detalles...

—Si se lo hubiera pedido me lo habría contado todo, pero precisamente lo que más me encanta de todo esto es el factor sorpresa, de modo que no he querido saber nada de nada. ¡Y a ver qué pasa!

—Sí —sonrió Marlon—: a ver qué pasa. ¿Me permite que la invite a cenar?

—Señor West —entornó los párpados la bella morena—, no se

lance. Una cosa es que yo sea amable con un yanqui y otra cosa es que usted crea... otra cosa.

—No he creído nada —protestó Marlon—. Simplemente me ha parecido amable por mi parte invitarla a cenar.

—Ya me ha invitado a tequila.

—Está bien —refunfuñó Marlon West—: ¿qué tiene de malo que me guste la idea de estar con usted más tiempo? Si no quiere aceptar mi invitación no la acepte, pero haga el favor de no hacerme sentir poco menos que un delincuente o un sinvergüenza por invitarla a cenar.

Rocío Alvarado estuvo mirando unos segundos con aquella profunda atención los ojos de Marlon West. De repente, la muchacha soltó una carcajada, y exclamó:

—¡Acepto su invitación!

Estaban a mitad de la cena cuando un botones del hotel entró en el comedor y se acercó a Marlon West, al que le susurró unas palabras al oído. Marlon asintió, y regresó su mirada a Rocío, que le contemplaba con curiosidad.

—Acaba de llegar mi empleado de confianza de Texas con el dinero —dijo en inglés—. ¿Me disculpas un momento? Apuesto a que no debe de estar nada tranquilo después de haber tenido que pasar tanto dinero de Estados Unidos a México, y quiero aliviarlo pronto de la tensión.

—No te preocupes —sonrió Rocío.

Él también sonrió, se puso en pie, y abandonó el comedor. Rocío esperó solo tres o cuatro segundos, luego se puso en pie, y se acercó a la entrada del comedor. Desde allí se veía el vestíbulo. En un lado de este, cerca de la puerta, vio a Marlon West, conversando con un hombre de unos treinta y cinco años, alto, moreno, de cejas espesas y facciones fuertes. En el suelo, entre ambos, había una bolsa deportiva por uno de cuyos extremos sobresalía el mango de una raqueta de tenis. El desconocido y Marlon estuvieron conversando un par de minutos. Luego, el desconocido dio media vuelta y se dirigió hacia la salida del hotel, mientras Marlon se inclinaba para recoger la bolsa deportiva, Rocío se apresuró a regresar a la mesa, a la que ya se hallaba sentada cuando Marlon West apareció en la puerta del comedor.

Marlon fue a sentarse de nuevo, dejando la bolsa deportiva en el

suelo, y haciendo un gesto de complicidad a Rocío.

—Buena idea, ¿eh? A ver a quién se le ocurre que la bolsa deportiva está llena de billetes.

—A mí —rio Rocío.

—Bueno, pero eso es porque tú sabías que yo estaba esperando dinero.

—Eso es verdad —admitió Rocío Alvarado—. Bueno, parece que todos tus problemas han terminado. Ahora solo falta que en realidad valga la pena pagar tanto dinero por ese viaje. ¿De veras no tienes ni idea de lo que vamos a encontrar en él?

—Palabra que no tengo la menor idea.

—Bueno —reflexionó Rocío—, ¡así será más interesante...!

—Rocío, me gustaría... saber cosas de ti —murmuró Marlon, poniendo una mano sobre la de ella.

—Y a mí de ti —sostuvo ella la mirada—. Pero no creo que sea este el momento. ¿O sí? Porque si estás pensando que nos hagamos confidencias de índole personal yo no tengo inconveniente en escuchar las tuyas.

—Será mejor que esperemos a terminar el viaje —sonrió Marlon—. ¿Qué te parece que podríamos hacer mañana hasta la hora de la salida del tren?

—Ah, yo nunca tengo problemas ni dudas en ese sentido: simplemente me dedicaré a tomar el sol...

El sol todavía era abrasador cuando llegaron a las seis y media de la tarde siguiente a la estación Dulce Nombre. Rocío Alvarado conversó con la rubia y atractiva taquillera, y luego se reunió fuera del vagón con Marlon, que estaba junto al coche de él detenido al lado del vagón, de pie, mirando a lo lejos...

—Ha dicho que va a llamar por teléfono, y dentro de un minuto nos dirá la decisión. Pero supone que todo irá bien, pues mi amigo es un hombre muy querido en México... ¿qué pasa? ¿Qué estás mirando con tanto interés?

—Hay un coche detenido lejos de aquí desde el cual alguien nos está mirando con prismáticos.

—¿Dónde?

Marlon West señaló con la barbilla, y Rocío miró en aquella dirección. Hubo un breve momento en que el sol se reflejó en algún objeto que, sin duda, podía ser una lente.

—Tal vez sean los que recogen los coches —susurró Roció—. Ya sabes que después que los pasajeros toman el tren unos empleados de Ferrocarriles Fantasía se llevan los coches, a fin de que no permanezcan todo el tiempo en este lugar de sol y polvo, y los traen poco antes del término del viaje... Si, seguramente son los empleados de Ferrocarriles Fantasía, que esperan a que llegue el tren para traer los coches de los anteriores pasajeros y llevarse los nuestros.

—Parece que en este viaje solo vamos a ir tú y yo.

—No creo. Ya verás cómo vendrá alguien más.

Apenas un minuto más tarde la rubia taquillera apareció en la florida plataforma del vagón, haciéndole una seña a Rocío, que asintió y miró a Marlon.

—Todo está bien. Puedes subir a adquirir tu *ticket*.

Marlon asintió, y subió al vagón. Entró, y se plantó ante la ventanilla, mirando amablemente a la rubia.

—¿Usted no descansa nunca? —se interesó.

—Por supuesto, señor West —asintió la muchacha—. Precisamente en cuanto salga este viaje habré terminado mi servicio, y dispondré de una semana de fiesta. Entiendo que desea usted la tarifa de cincuenta mil dólares.

—Sin fianza.

—Sin fianza —sonrió la taquillera—. Espero que no se haya molestado usted por esos requisitos para los desconocidos.

—No. Oiga, sin afán de ligar a lo basto, de veras: ¿no podría saber cuál es su nombre?

—Celia Harlow. Su *ticket*, señor West.

La muchacha depositó el pasaje en el tablero, bajo el hueco de cristal. Marlon lo tomó, examinándolo con gran interés pero no valía la pena: en el cartoncito troquelado solo constaba el nombre del usuario, la tarifa y la fecha, aparte de la cabecera, claro está, con el dibujo de un trenecito y el nombre: Ferrocarriles Fantasía. Marlon guardóse el *ticket*, sacó cincuenta y cinco mil dólares en billetes de mil y quinientos, y los empujó por el hueco del cristal hacia Celia Harlow, que contó experta y rápidamente los billetes con sus finos deditos encantadores. Los guardó y miró sonriente a Marlon.

—Tal vez la señorita Alvarado y usted prefieran aguardar la

llegada del tren en la sala de espera —propuso.

—¿Y dónde está?

—Suban al vagón por el otro lado. Les abriré la puerta desde aquí.

Dijo esto señalando un timbre adosado al tablero. Marlon asintió una vez más, hizo un simpático gesto de despedida, saltó del vagón y tomando del brazo a Rocío fueron al otro extremo. Subieron a la plataforma, oyeron el chasquido del cierre eléctrico, y Marlon empujó la puerta. Se llevó una verdadera y agradable sorpresa al ver un saloncito preparado de modo muy confortable, con refrigeración y frigorífico.

—¡Oh! —exclamó Rocío—. ¡Menos mal que tenemos algo para beber...!

—Por el precio que hemos pagado tendrían que poner a nuestra disposición por lo menos champán —gruñó Marlon.

Se acercó a mirar por una de las ventanillas apartando con cuidado una cortina. La persona o personas que seguían vigilando la estación con prismáticos seguían en el mismo sitio. Más o menos estaban haciendo lo mismo que había hecho él la tarde anterior. Aunque tal vez fuesen los encargados de hacerse cargo de los coches y llevarlos a un lugar adecuado...

—¡Pues tenemos champán! —Oyó la alegre exclamación de Rocío—. ¡Esto es estupendo!

Marlon se volvió y vio a Rocío con una botella en una mano. Sonrió... pero pensando que había cometido una imprudencia al complicarse la vida con la muchacha. Porque estaba seguro de que la vigilancia de que eran objeto no tenía nada que ver con los empleados de Ferrocarriles Fantasía encargados de hacerse cargo de los coches...

—En ese armario debe de haber copas —señalaba Rocío—. ¿Quieres mirar, por favor? ¡Qué fresco está este champán!

Marlon abrió al armario en el que en efecto había vasos y copas de diversos tamaños y formas. Tomó dos copas, y se acercó al sofá donde se había sentado Rocío. Ella estaba descorchando la botella, lo que culminó provocando un sonoro taponazo que la hizo reír. El champán salió en chorro de espuma, que Marlon se apresuró a recoger con una copa tras otra.

—¿No es delicioso? —Se mostraba encantada Rocío—. ¡Estoy

segura de que nos vamos a divertir muchísimo en este viaje!

—Bueno —encogió los hombros Marlon—, cuando menos no se puede decir que la cosa sea vulgar. Más bien resulta un tanto... extravagante.

—¡Esperemos que lo sea realmente! Oh, sí, me encantaría que fuese un viaje extravagante... ¡Cuanto más extravagante mejor!

—¡Brindemos por eso! —Le tendió Marlon una copa—: ¡por un viaje extravagante!

—¡Por un viaje extravagante! —rio muy excitada Rocío Alvarado.

CAPÍTULO IV

Estaban sentados los dos junto a la ventanilla, dándose frente. Se oía el traca-tac-tac de la marcha del trenecito encantador que finalmente, ya casi anochecido, los había recogido en Dulce Nombre. El tren constaba de locomotora a motor diesel y cinco vagones, uno de los cuales era el vagón-restaurante.

Los otros cuatro correspondían a las diferentes tarifas, uno para cada una...

Para cuando llegó el tren a Dulce Nombre ya había en la sala de espera o fuera de esta, esperándolo, no menos de veinte personas en total, que tras esperar que se apearan los viajeros que terminaban entonces su viaje extravagante se repartieron entre los cuatro vagones, que iban señalizados con sus respectivas tarifas.

En el vagón de cincuenta mil dólares viajaban, además de Marlon y Rocío, una anciana que parecía que apenas podía tenerse en pie, dos mujeres de unos cuarenta y pocos años y ambas lustrosas y jamonas, y una pareja de jóvenes que parecían recién casados. La anciana no decía esta boca es mía, las dos jamonas cuarentonas eran a todas luces norteamericanas, y la parejita de enamorados, que cuchicheaban entre sí, parecían mexicanos, o, cuando menos, eran de habla hispana. El cambio de pasajeros se había realizado discretamente, sin alborotos de ninguna clase. Los coches de los que habían terminado el viaje aparecieron en el momento oportuno, conducidos por empleados de Ferrocarriles Fantasía, que se habían llevado los de los nuevos clientes. En apenas cinco minutos el tren había llegado, había partido de nuevo, y la estación Dulce Nombre había quedado solitaria y tranquila. Era talmente como si nada hubiera ocurrido.

Pero antes de partir Marlon West se había asegurado de que continuaba viendo el brillo de los cristales de unos prismáticos en el mismo sitio. Es decir, que quien quiera o quienes quieran que

estuviesen vigilando la estación no eran empleados de Ferrocarriles Fantasia. Entonces... ¿qué vigilaban?, ¿qué miraban, qué estaban esperando...? ¿Tal vez a alguno de los recién regresados del viaje? Al parecer, no, porque todos estos se acomodaron en los coches que aparecieron finalmente.

Cuando el tren se marchó de Dulce Nombre la gente de los prismáticos seguía en el mismo sitio y haciendo lo mismo. Ahora, ya de noche, no sabía a qué distancia de la estación, Marlon West se preguntó dónde estarían y qué estarían haciendo...

—Llevamos más de una hora de viaje y no ha ocurrido nada —dijo Rocío.

—¿Y qué esperabas que ocurriera?

—No sé, pero algo... Algo emocionante. Y además tengo hambre.

—Yo también —alzó las cejas Marlon como recordando de pronto que no había cenado—. Y francamente, lo menos que...

La puerta del fondo del vagón se abrió, y apareció una muchacha pelirroja preciosa, ataviada con un uniforme que sugería una azafata. Llevaba una graciosa gorrita, chaquetita y falda plisada. En una mano sostenía una diminuta campanita que hacía sonar delicadamente.

—¡La cena...! —anunciaba—. Los señores pasajeros que deseen cenar, por favor, acudan al restaurante. ¡La cena...!

—Chocante —movió la cabeza Rocío Alvarado; y terminó por echarse a reír—. ¡Realmente chocante!

—Sí —asintió Marlon—, pero en cualquier caso no vamos a perdernos la cena, ¿verdad?

Salieron los dos riendo del vagón, pasando junto a las dos jamonas yanquis y la vieja insólita, que parecía que ni siquiera pudiera moverse, hasta el punto de que Rocío se detuvo en el pasillo, ya ante la puerta que daba a la plataforma de conexión con el otro vagón, y preguntó:

—¿Podemos ayudarla en algo, señora?

—Ocupese de sus asuntos, jovencita —chirrió la voz de la anciana.

Rocío rio y salió del vagón, seguida de Marlon, que también reía, comentando:

—Ancianitas así le quitan a uno las ganas de hacer buenas obras,

¿no te parece?

—Bah —encogió los hombros Rocío—, ¡allá ella!

Recorrieron el pasillo del siguiente vagón, del cual salían ahora algunas personas que habían estado ocupando sus asientos. Nadie se saludaba, nadie decía nada a nadie. Por detrás de Marlon y Rocío llegaron pasajeros del último vagón, es decir, del de cien mil dólares.

—¿No te parece que el pasajero de cien mil dólares debería ir en el vagón de cabeza? —había preguntado Rocío—. Suele ser el más cómodo, el que menos se zarandea.

—Por algo será —había replicado Marlon.

Sin duda era así, pero Rocío se fijaba en todo, y a todo quería sacarle conclusiones. Aunque quizá todo fuese casual. Primero la locomotora, luego el vagón salón-restaurante, después el de veinticinco mil dólares, le seguía el de cuarenta mil, el de cincuenta mil, y por último el de cien mil. Cien mil dólares por un viaje en tren...

Algunos camareros pasaban por los pasillos cargados con bandejas, y todos comprendieron que llevaban la cena al último vagón, a los de cien mil dólares que no habían querido acudir al comedor. En este quedaron reunidas, finalmente, unas doce personas. Faltaba la anciana y los pasajeros de cien mil dólares que habían optado por quedarse en sus reservados.

El servicio era a la carta con un aceptable surtido de platos, y las mesas las servían bellas muchachas con uniformes blancos que permitían ver bien sus bonitas piernas, pero sin vulgaridades. Había yanquis, mexicanas y de otros países centro y sudamericanos. El ambiente muy agradable, si bien se percibía la clara expectación por parte de todos los viajeros, que sin duda esperaban exotismo y aventuras o diversiones fuera de lo corriente. De cuando en cuando se oía alguna risa excitada, nerviosa. El traca tac-tac del tren apenas se percibía en el comedor, que estaba bellamente alfombrado. Marlon y Rocío ocuparon una mesita junto a una ventanilla, y ambos miraron al exterior... No había nada que ver. Absolutamente nada. Ni siquiera una luz. Nada, salvo la negra noche. Era como estar penetrando más y más en un profundísimo túnel...

—Si no fuese porque se ve alguna estrella —dijo Rocío— creería que estamos viajando hacia el centro de la Tierra.

—Haría más calor —observó Marlon.

Se echaron a reír los dos.

La cena transcurrió de modo muy agradable, bien servida, todo de excelente calidad, incluido el champán que pidió Rocío Alvarado. Por supuesto que se esperaba que todo fuese de buena calidad y grato en un viaje de cincuenta mil dólares.

Cuando estaban tomando el café, Marlon llamó a una de las lindas camareras, y le preguntó:

—¿No hace paradas este tren?

—Precisamente dentro de veinte minutos haremos una, señor West, de dos horas de duración. Incluso, si ustedes lo desean, pueden quedarse en Wild West Creek a pasar la noche. Hay un hotel excelente.

—¿Ha dicho usted Wild West Creek? —inquirió Rocío—. Eso quiere decir Arroyo Salvaje Oeste en inglés, ¿no? Y no veo la necesidad de ponerles nombres yanquis a las estaciones. Estamos en México, ¿no es así?

—Realmente, señorita Alvarado, nosotros no estamos ahora en ningún país determinado. Estamos, simplemente, en Ferrocarriles Fantasía.

—Sí, de acuerdo, pero la línea férrea está en México.

—Si usted lo dice... Por mi parte no sabría decirle dónde estamos.

—¡No pretenderá hacernos creer que estamos ahora en Texas!

—No, señorita Alvarado. No pretendo nada. Ya le he dicho que yo no sé dónde estamos... salvo en Ferrocarriles Fantasía, claro está. ¿Desean alguna cosa más?

—No, gracias. Nada más.

—Espero que se diviertan en Wild West Creek —sonrió la camarera.

Diecinueve minutos más tarde, cuando ya estaban en su vagón fumando un cigarrillo, avistaron las primeras luces de lo que, evidentemente, debía ser la estación llamada Wild West Creek. El tren estaba reduciendo la marcha. Marlon se decidió a bajar la ventanilla, y el aire cálido y perfumado entró en el vagón. Las luces de la localidad llamada Wild West Creek se divisaban ya muy cerca, pero había algo en ellas que las hacía parecer lejanas, o quizás mortecinas, extrañas...

—Dios del cielo —exclamó de pronto Rocío—. ¡La iluminación de este lugar es de gas, Marlon!

El tren comenzó a frenar. Un jinete con sombrero picudo y chaparreras apareció de pronto procedente de la oscuridad y, se puso a cabalgar paralelo al tren, quitándose el sombrero y saludando a los viajeros, casi todos asomados a las ventanillas. El grito «carcajiao» se oyó claramente. Detrás de este jinete aparecieron varios más, todos alborotando, disparando al aire con sus revólveres, y blandiendo también botellas de *whisky*. Los jinetes se alejaron del tren cuando este llegaba a la estación, en la que se detuvo frente al edificio en donde estaba la sala de espera, la venta de taquillas y una estafeta de la *Western Union Telegraph*. Dos damas vestidas de largo con vaporosos vestidos conversaban con el jefe de estación. Un hombre con una estrella de seis puntas de latón prendida en el chaleco, esperaba cerca de ellas la llegada del tren. Llevaba revólver a la cintura, y sostenía un rifle con la mano izquierda.

—Atiza —dijo Marlon West.

—Pero... ¿Qué es esto? —Oyeron tras ellos.

Se volvieron a mirar a la anciana, cuyo gesto avinagrado parecía haberse acentuado. Rocío rio divertida, y explicó:

—Es un pueblo, señora. Un antiguo pueblo del salvaje y violento Oeste, con sus borrachos nocturnos, sus chicas, su *sheriff*... Y sin duda encontraremos algún que otro saloon y cosas típicas... En fin, será mejor que nos apeemos, pues si queremos...

—¡Permanezcan en el tren! —Restalló de pronto una voz desde el andén.

La advertencia provenía del *sheriff*, que había adoptado de pronto una actitud tensa. Marlon y Rocío miraron a derecha e izquierda, y vieron las cabezas de los pasajeros acomodados a las ventanillas: no parecía que nadie tuviera intenciones de desobedecer al *sheriff*, al menos de momento... Al mismo tiempo, Rocío veía a los dos hombres armados de revólveres que caminaban por el andén, cada uno procedente de un extremo, acercándose al centro, donde estaban el *sheriff* y las dos damas. El *sheriff* les dijo algo a estas, y ellas se apresuraron a desaparecer en el interior de la sala de espera. Acto seguido el *sheriff* se colocó más al centro del andén, y gritó:

—¡Hey, Toombs, Lorigan, ya basta de esto! ¡No permito que...!

El pistolero de la derecha que llevaba dos revólveres, desenfundó el izquierdo a increíble velocidad, y disparó contra el *sheriff*, que lanzó un alarido, gritó girando sobre sí mismo y dejando caer el rifle, y terminó el espectacular movimiento quedando de rodillas en el suelo y apoyándose con las manos en el mismo para caer de bruces... Aprovechando que ya tenía el revólver en la mano, el pistolero quiso disparar contra el otro, pero estaba claro que el otro no se fiaba ni pizca de él, porque había desenfundado el Colt a su vez, sin pensárselo disparó contra el primero, que emitió una especie de bramido, lanzó el revólver al aire, fue a dar contra uno de los postes del techado abierto de la estación y, mientras tanto, desenfundaba el otro revólver...

¡*Pack, pack, pack!*!, disparó velozmente el pistolero de la derecha.

El que estaba apoyado en el porche dejó caer también el segundo revólver, pareció retorcerse, y se abrazó al poste, por el que se fue deslizándose al suelo dejando en la madera un brochazo de sangre. El otro, el vencedor del duelo llegó junto al arrodillado *sheriff*, y sin más, le aplicó en pleno; vientre un tremendo punterazo de su polvorienta bota. El *sheriff* brincó gritando, y cayó de bruces cuan largo era. El pistolero del poste yacía ahora en el suelo, con los ojos abiertos y una mancha de sangre en el pecho. El que había ganado procedió a recargar lentamente su revólver. Solo entonces se acercó al perdedor, y le aplicó un puntapié en un costado, haciéndolo moverse como una masa muerta... es decir, como lo que evidentemente era.

—¡Bravo! —comenzó a aplaudir una de las jamonas, muy cerca de Rocío y Marlon, en otra ventanilla—. ¡Bravo, muy bien! ¡Bravo!

El pistolero vencedor volvió la cabeza hacia ella, se acercó, y se quitó el sombrero, dejando escapar una masa de espesos cabellos rubios.

—Me llamo Toombs, señora —se presentó—. ¿Aceptaría dar un paseo conmigo por el pueblo?

—¡Oh, sí! —Emitió un gritito histérico la jamona—. ¡Encantada!

Rocío rio, y retiró la cabeza de la ventanilla, siendo imitada por Marlon West, que la miró sonriente.

—Bueno —dijo Marlon—, al parecer las diversiones acaban de empezar.

—¿Te lo parece? —inquirió burlonamente Rocío—. Francamente, yo no le veo demasiada emoción a dos pistoleros de guardarropía haciendo el payaso disparando con balas de fogueo y manchándose el pecho con salsa de tomate.

—A lo mejor han matado de verdad a Lorigan —sonrió Marlon—. El *sheriff* solo está herido, pero quizás Lorigan esté muerto.

—Vaya, no digas tonterías. Marlon. De todos modos cuando menos será distraído dar una vuelta por Wild West Creek.

—Esperemos que sí. Lo que no pienso hacer es pasar la noche en un hotel. Yo he pagado para viajar no para dormir.

—Pues en un momento u en otro tendrás que dormir —aseveró con toda lógica Alvarado.

Cuando salieron del vagón había bastante gente en el andén, comentando las incidencias del duelo. Dos sujetos se llevaban al pistolero perdedor sosteniéndolo en una manta que sujetaban por los extremos. El *sheriff*, con una mancha de sangre en un hombro, estaba ahora en pie, aunque no muy firme... El tal Toombs y la jamona habían desaparecido.

—Me parece —apareció la anciana ante Marlon y Rocío— que realmente el tal Toombs ha matado al tal Lorigan.

—Ocupese de sus asuntos, ancianita —dijo Rocío.

Marlon West no pudo contener una carcajada, y tomando del brazo a Rocío se alejaron hacia el centro de la población, que comenzaba prácticamente detrás del edificio de la estación. Había una calle Mayor, con edificios a ambos lados, la mayor parte de ellos saloons y cantinas. Circulaban jinetes, algún calesín, personas a pie... De los locales en diversión brotaba música. Algunos caballos aguardaban amarrados al atamulas a que sus amos terminasen la fiesta. Un negro apareció, al parecer borracho de muerte y tocando un acordeón...

Un jinete apareció de pronto cerca de ellos, cabalgando sobre la espesa capa de polvo de la calzada. Se detuvo, y dijo:

—Ustedes dos: vayan hacia el granero.

Rocío y Marlon que estaban terminando de cruzar la calle acercándose a una de las aceras, se quedaron mirando al pistolero a caballo, el cual, con un gesto, insistió en señalar hacia el granero, un edificio de madera con una amplia entrada y en cuyo interior solo se veía oscuridad. Marlon frunció el ceño, y parecía a punto de

decir algo cuando Rocío le tocó suavemente con un codo y acto seguido señaló hacia el tejado de la cantina. Marlon miró hacia allá, y divisó aunque algo confusamente, la silueta de dos hombres apuntándoles con sendos rifles. Las luces de gas keroseno ponían una nota entre patética y siniestra en el pueblo del Oeste.

—Háganlo o los vamos a acribillar —insistió el jinete.

Sin necesidad de consultarse, los dos amenazados se dirigieron hacia el granero, en el cual entraron. Detrás lo hizo el jinete, después de desmontar ágilmente sin dejar de apuntarles con el rifle; parecía talmente un vaquero de circo habilísimo. Entró, y dijo:

—Ya podéis encender.

Casi simultáneamente se encendieron dos quinqués, dejando visibles a otros tres hombres, uno de ellos apuntaba con un rifle, como el primero, el cual empujó las dos puertas, cerrando el granero. Los ruidos y música del pueblo llegaron ahora más amortiguados. Los quinqués fueron colocados de modo que Marlon y Rocío quedasen bien iluminados, y entonces fueron cuatro hombres los que les apuntaron, dos con rifles y dos con revólveres.

—Muy bien —dijo el que los había llevado allí—, ahora desnúdense completamente los dos.

—Si es una broma de Ferrocarriles Fantasía —murmuró Rocío— se están pasando ustedes de la raya.

—Tómeselo como quiera —gruñó el pistolero—, pero desnúdese. ¡Vamos, obedezcan!

—¿Qué pretenden ustedes? —preguntó amablemente Marlon West—. ¿Quizá violarnos a los dos?

Hubo un instante de desconcierto, brevísimo, y luego unas risitas.

—Nada de eso, señor West: es usted quien va a violar a la señorita Alvarado. Así que desnúdense y hagan el amor. No entiendo su resistencia, está claro que se hallan a gusto juntos, que han simpatizado, incluso estamos convencidos de que se atraen mutuamente. Pues bien: Ferrocarriles Fantasía les brinda la ocasión de hacer lo que los dos están deseando en el fondo pero que no se atreven a hacer cualquiera sabe por qué.

—Es lo más chocante que me ha ocurrido en la vida —exclamó Rocío.

—De eso se trata: de sorprender... y agradar a nuestros clientes.

—No voy a decir que me disgustaría hacer el amor con la señorita Alvarado —dijo de buen humor Marlon—, pero francamente preferiría hacerlo sin testigos y cuando a mí... o a ella, claro está, nos viniese de gusto.

—Siempre viene de gusto hacer el amor —movió el rifle el pistolero—. ¡Venga, denúdense y tíresela!

—¿Y qué pasará si no me la tiro?

—¡Nos la tiraremos nosotros! —rio otro pistolero—. ¡Y le aseguro que no haremos tantos remilgos como usted!

—Ustedes no se atreverían a eso —dijo Rocío.

—¿No? ¿Por qué?

—Porque los denunciaría a las autoridades en cuanto terminase el viaje.

Los cuatro pistoleros soltaron una carcajada. Marlon West frunció el ceño, y miró alrededor. No había lecho alguno allí, de modo que pretendían que él y Rocío hicieran el amor sobre uno de los montones de paja, o sobre alguna de las balas. A la derecha había una escalera de mano clavada al borde de un altillo que parecía una mancha negra, pues las luces de los quinqués estaban orientadas de modo que aquella zona quedase en sombras. Todo era talmente como si aquel pueblo fuese una realidad de cien años atrás...

—Bueno, ya estamos hartos de esperar —dijo uno de los pistoleros, acercándose a ambos—: si no se desnudan ahora mismo van a tener serios problemas. ¿Me han entendido?

Marlon frunció el ceño, y miró a Rocío, que sonrió de pronto como divertidísima, y dijo:

—La verdad es que si tengo que elegir entre que ellos me violen o hacer el amor contigo prefiero esto último, Marlon.

—De acuerdo —asintió él—. Desnudémonos, pues.

CAPÍTULO V

Pero, mientras decía esto, Marlon West dio un paso velocísimo hacia el hombre que les había llevado al granero, agarró el rifle con la mano izquierda, desviándolo, y le lanzó un patadón escalofriante que alcanzó de lleno al pistolero en la zona genital. El hombre lanzó un bramido mientras saltaba por el aire encogido... dejando el rifle en manos de Marlon, que inmediatamente lo utilizó como si fuera un palo de *baseball* sujetándolo por el cañón. Su golpetazo alcanzó en el cuello a uno de los hombres armados con revólver, que soltó este y se derrumbó de costado emitiendo un sordo gemido...

Mientras tanto, Rocío Alvarado no había permanecido inactiva, ni mucho menos: había efectuado un sorprendente salto hacia el otro sujeto armado con revólver, y, sin más dilación, le lanzó un tremendo golpe de karate con la mano derecha que alcanzó al hombre en el centro del pecho y lo derribó como un muñeco. El otro armado con rifle no tuvo tiempo de respirar: Rocío giró como encantadora bailarina de *ballet*, alzó la pierna derecha, y el tacón de su zapato fue a hundirse en el vientre del pistolero, que lanzó un bufido, se encogió... y recibió el punterazo del otro pie de Rocío en la barbilla. El hombre se enderezó, saltó hacia atrás, y cayó de espaldas sobre la paja, cerca de su compañero.

En menos de cinco segundos los cuatro pistoleros yacían sobre la paja sin sentido, mientras que Rocío y Marlon empuñaban sendas armas, él el rifle y ella uno de los revólveres, que había recogido velozmente.

—Caray —dijo Marlon—. ¡Caray! ¡Jamás se me habría ocurrido pensar de ti una cosa así!

—Pues ya ves —sonrió Rocío—. Hay que prepararse bien para ir sola por estos mundos, querido.

—Es la primera vez que me llamas querido.

—¿Qué menos después de que casi nos han convertido en

amantes?

Marlon West se echó a reír, pero calló de golpe al ver el gesto de silencio que le hacía Rocío, la cual señaló hacia arriba, hacia el altillo que permanecía en oscuridad total. Marlon titubeó un instante, pero acabó por apuntar el rifle hacia allá, con un gesto interrogante. Rocío asintió y dijo:

—Tengo un oído finísimo y sé que hay alguien ahí arriba... Es claro que puedo equivocarme, pero pronto lo sabremos: voy a tirar al altillo un quinqué, para que prenda fuego al granero empezando por la parte de arriba... ¿Qué te parece?

—Es una buena idea... Es decir, es una mala idea, pues si alguien está arriba se abrasará como un pollo.

—Me parece que sí —asintió Rocío, agarrando uno de los quinqués y alzándolo por encima de su hombro—. Pero quizá me estoy equivocando y no hay nadie...

—Por favor, no lo haga —sonó una voz de hombre en el altillo —: voy a bajar, señorita Alvarado.

—¡Caray! —exclamó Marlon—. ¡Pues es verdad, hay alguien ahí arriba!

La luz del quinqué que sostenía Rocío iluminó de lleno al hombre que apareció en el borde del altillo, y que se apresuró a bajar por la escalerilla, dando la espalda a los clientes de Ferrocarriles Fantasía. En el momento que llegaba abajo, uno de los pistoleros reaccionaba, sentándose sobre la paja y buscando un arma con la mirada. Rocío le apuntó inmediatamente con el revólver, y el hombre quedó inmóvil. El del granero señaló hacia la puerta y dijo:

—Despierte a sus compañeros y márchense los cuatro... ¡Largo de aquí, inútiles!

En menos de un minuto el pistolero había despertado a sus compañeros y los cuatro habían abandonado el granero. Mientras tanto, Rocío y Marlon habían centrado su atención en el hombre que había estado escondido en el granero. Parecía tener unos cincuenta años, su cabello era completamente blanco, muy largo, y sus facciones eran finas, aristocráticas. Todo en él era señorial, distinguido, empezando por su traje impecable y terminando por sus modales y sus atractivos cabellos blancos pulcrísimos.

—¿Quién es usted? —inquirió por fin Rocío.

—El inventor y propietario de Ferrocarriles Fantasía: Lázaro Comesaña. Espero que no estén disgustados con mis planes para ustedes: realmente creía que la función les iba a agradar.

Marlon West había entornado los párpados. Rocío seguía mirando con escrutadora fijeza al personaje. Por fin, Rocío inquirió:

—¿Por qué pensó semejante cosa?

—Bueno, señorita Alvarado, hasta ahora todos los clientes han sido personas de gustos y actitudes poco corrientes, y no tenía motivos para pensar que ustedes dos serían diferentes a ellos. Quiero decir que esto de hacer dos pasajeros de mi tren el amor en estas circunstancias es precisamente uno de los programas que más éxito ha tenido siempre. Elijo a un hombre y a una mujer, los traemos aquí, y les «obligamos» a hacer el amor. Generalmente, ambos quedan encantados. Entiendan ustedes que la gente viene aquí en busca de cosas... insólitas, y no le importa pagar mucho dinero. Con menos motivo se ha de andar con miramientos de otra clase. Digamos que lo aceptan todo con tal de divertirse, de obtener experiencias nuevas. Ahora bien, si este no es el caso de ustedes les ruego me disculpen.

—Evidentemente su intención era buena —sonrió Rocío.

—Sin la menor duda.

—Pues yo creo —deslizó Marlon— que usted es pura y simplemente un mirón, un tipo al que le encanta espiar a la gente, sobre todo en actos íntimos.

—Ah, eso también —sonrió Lázaro Comesaña—. La verdad es que casi nunca me pierdo esta parte del programa. ¿Qué tiene de malo ver a dos personas gozar del placer físico sexual? A mí me encanta. Y por otra parte, debo admitir que soy el primer cliente de mi tren. Mejor dicho: soy el primero en disfrutar de mi tren.

—O sea —dijo Rocío—, que se divierte usted con sus clientes tanto o más que ellos con estos viajes extravagantes. Vamos, que se pasa el tiempo espiándonos y divirtiéndose con unos y con otros. Ellos vienen aquí en busca de diversión sin saber que ellos se la están proporcionando a usted.

—¡Exacto! —rio Lázaro Compañía—. ¡Me traen la diversión a mi domicilio, a mi propio terreno! ¿De verdad no les gustaría hacer el amor mientras yo les observo?

—Por el momento, no —rechazó Rocío—. Pero quizá pueda

hacer usted otra sugerencia que nos agrade.

—Si yo fuese ustedes no dejaría de visitar Bagdad.

—¿No queda un poco lejos de México? —sonrió Rocío.

—La Bagdad a la que yo me refiero, no. Todavía les quedan muchas sorpresas en este viaje, señorita Alvarado. Por ejemplo, si ustedes deciden quedarse a dormir en Wild West Creek, lo pasarán también muy agradablemente.

—Nosotros no queremos perdernos el tren —dijo Marlon.

—Ah, pero es que no lo pierden, señor West: el Tren De Los Solitarios va dando vueltas sin cesar sobre su itinerario, es decir, que a cada número determinado de horas pasa por la misma estación, y la persona que se quedó puede reemprender el viaje. Por ejemplo, si usted se queda en Wild West Creek podrá volver a tomar el tren a las ocho de la mañana.

—¿Y qué pasará si seguimos adelante? —preguntó Rocío.

—No puedo decírselo a ustedes. No tendría gracia.

—Ya, aquí todo es a base de sorpresas, ¿no es así?

—Naturalmente. ¿Qué mayor aliciente que la sorpresa?

—Pues yo voy a darle una a usted —dijo West, tirando a un lado el rifle y sacando de la parte inferior de la pernera izquierda de su pantalón una plana pistola con la que apuntó a Comesaña a la frente—: se presenta el agente de la CIA Marlon West, que tiene la misión asignada de encontrar y rescatar a la señorita Marya Van Vorken. ¿Me ha comprendido, amigo?

—¡Claro que no! —exclamó Lázaro Comesaña—. ¡Y aparte esa pistola! ¡Seguramente está cargada...!

—Le aseguro que lo está. Escuche, payaso, yo había venido a este lugar dispuesto a aguantar lo que fuese hasta encontrar a la señorita Van Vorken, pero sería un tonto si no aprovechase esta ocasión, así que a ver si lo entiende: o me entrega a la señorita Van Vorken sin más comedias, o le meto una bala en la cabeza y sigo buscándola por mi cuenta.

—Me parece que está hablando en serio —dijo Rocío—. Si yo fuese usted, no haría enfadar a Marlon, señor Comesaña.

—Tú cierra la boca —dijo Marlon—. No te metas en esto. ¡No es cuenta tuya!

—Eso lo dirás tú amiguito —dijo tranquilamente la bellísima Rocío—. A ver si te crees que en el mundo no hay más espías que

tú, ni más agencia que la CIA. Yo pertenezco al Servicio Secreto mexicano, y también estoy aquí en busca de Marya Van Vorken. Conseguimos su rastro, y queremos saber en qué clase de líos puede meternos nuestro ciudadano Lázaro Comesaña, al retenerla aquí en contra de su voluntad...

—Los dos están equivocados —murmuró Comesaña—: la señorita Van Vorken no está aquí en contra de su voluntad.

Los dos espías se quedaron mirando al terrateniente mexicano fijamente. Por fin, Marlon susurró:

—¿Cómo explicaría usted todo este lío, señor Comesaña?

—Lo entenderán enseguida... aunque me voy a atrever a rogarles que no lo divulguen. Quiero decir —sonrió— que agradeceríamos que la información no trascendiera del Servicio Secreto mexicano y de la CIA.

—Nosotros no podemos garantizar lo que harán o decidirán nuestros jefes —replicó secamente Marlon—. Sin embargo, si lo que está tramando no perjudica los intereses de Estados Unidos posiblemente llegaremos a un acuerdo.

—Lo mismo digo —ofreció Rocío.

—Bien... Comprendo que no pueden comprometerse a más... En fin, no sé cómo han descubierto que Marya está aquí, pero ya que lo saben... La verdad es que se trata de una maniobra política de su padre, Rij Van Vorken. Rij y yo somos buenos amigos, y me pidió que le hiciera este favor de tener escondida a su hija unos cuantos días en Ferrocarriles Fantasía, para estar seguro de que nadie podría encontrarla...

—¿Cómo es eso? —se sorprendió Rocío—. Su tren no es precisamente un secreto, Señor Comesaña.

—Bueno, estoy hablando de mi casa, que se halla en el centro de los terrenos donde instalé el tren. Nadie puede llegar allí. El tren da vueltas y vueltas alrededor de ella, siempre siguiendo el mismo circuito, pero nunca se acerca a la casa. Si alguien lo intentara siquiera sería detectado enseguida, y podríamos tomar las medidas pertinentes.

—¿Qué medidas?

—Digamos medidas... de seguridad. Una de ellas, la primera, sería esconder a Marya de tal modo que nadie podría encontrarla aunque recorriese mi casa mil veces.

—O sea, que se han asegurado muy bien de que Marya Van Vorken no podrá ser hallada. Pero todo esto... ¿por qué?

—Ya le he dicho que se trata de una maniobra política de su padre.

—¿Qué maniobra? —inquirió Marlon.

—Bueno, Rij tiene... proyectos personales de mucha altura, y aunque ya es muy apreciado y querido en Surinam pensó que su nombre sonaría mucho más, y su prestigio aumentaría si se ponía en un primer plano del noticiario mundial. Hoy en día incluso los políticos necesitan publicidad... y él, con vistas a su escala política, ideó todo esto para estar en un primerísimo plano de la actualidad. Sencillamente: Rij Van Vorken se está promocionando para alcanzar en breve el puesto político más alto de Surinam.

—¿Y para conseguir eso ha provocado todo este alboroto? —masculló Marlon—. ¡Maldita sea su estampa!

—Bueno, señor West, no está haciendo daño a nadie, y el señor Van Vorken está consiguiendo su objetivo. Hay políticos que emplean argucias mucho peores, y que recurren a cosas verdaderamente repugnantes o peligrosas.

—Eso es cierto —murmuró Rocío—... ¿Podemos ver a la señorita Van Vorken?

—¿Con qué objeto? —se sorprendió Comesaña—. Ustedes tienen ahora una información que sin duda será bien aprovechada por sus respectivos servicios, y yo diría que eso es suficiente.

—Usted diga lo que quiera —frunció el ceño Rocío—, pero nosotros queremos ver a Marya Van Vorken. ¿Verdad, Marlon?

—Ya lo creo que sí —sonrió Marlon—. La pregunta es: ¿nos va a acompañar usted a las buenas o nos va a obligar a llegar allá arrastrando todo lo que se nos ponga por delante? Empezando por usted mismo, claro.

—Y no divague ni alargue la cuestión —machacó Rocío—, porque solo sería perder el tiempo. Nosotros queremos ir allá, y usted puede negarse aceptando las consecuencias, o simplemente, facilitarnos las cosas de modo que no tengamos que lastimar a nadie.

—Y ya ha visto hace unos minutos —remachó Marlon— que Rocío y yo no somos precisamente un par de angelitos.

—Por otra parte... —comenzó a insistir todavía más Rocío.

—Está bien, está bien —alzó los hombros resignado Lázaro Comesaña—, no compliquemos más las cosas: les llevaré a ver a Marya. Pero no esta noche, porque es ya muy tarde y...

—Esta noche —dijo Marlon.

—Ahora —añadió Rocío.

—Seguramente tendremos que sacarla de la cama —suspiró Comesaña—, pero de acuerdo. Ya he comprendido que ustedes no quieren aceptar dilaciones. Bien, salgamos de aquí. Iremos a casa en uno de mis automóviles... No, por ahí no, señorita Alvarado. Saldremos por la puerta que da al callejón de atrás.

Señaló hacia el fondo del granero. Marlon se acercó allá, vio la puerta, y la empujó; no cedió, así que la atrajo, y entonces sí se abrió. Fue el primero en salir, mirando a todos lados. Tras él lo hizo Lázaro Comesaña, y la última fue la señorita Alvarado, también mirando cautelosamente a todos lados.

—Le diré una cosa —murmuró Marlon, acercando de nuevo su pistola al rostro de Comesaña—: como intente usted cualquier truco que...

—Señor West, si usted me lastima o por cualquier cosa yo decidiera que usted no saliera vivo de Ferrocarriles Fantasía, tenga por seguro que no saldría jamás. Dispongo de más de treinta hombres repartidos por todo el circuito, y si es necesario utilizarán armas y municiones de verdad. ¿Me explico?

—Desde luego —gruñó Marlon.

—Pues haga el favor de no amenazarme más. Y guarde esa pistola. No quiero jaleos con la CIA, espero que esto sí lo crea. Mire, lo que yo quiero es quitármelo a usted de encima, y con tal de conseguirlo le complaceré. Pero déjese de truculencias, ¿quiere?

Rocío soltó una encantadora carcajada, y Marlon, tras mirarla ceñudamente, se acuclilló, y procedió a colocar de nuevo la pistola sujeta a su pantorrilla en una funda elástica.

Se irguió, y entonces Comesaña señaló hacia la oscuridad. Comenzaron a caminar. Tras ellos fue quedando el pueblo del Oeste llamado Wild West Creek, donde seguían oyéndose risas, músicas, galopes, disparos, y todo un conjunto de sonidos que indicaban la gran juerga.

Apenas habían caminado doscientos metros a campo traviesa cuando divisaron surgiendo de la oscuridad la figura de dos

hombres.

—Tranquilos —dijo Lázaro Comesaña—. Vamos a casa, eso es todo.

Los dos hombres caminaron paralelos a ellos, en silencio. Cinco minutos más tarde se detenían junto a un viejo Lincoln Continental, cuyo asiento delantero ocuparon los silenciosos amigos de Comesaña. Éste, Rocío y Marlon pasaron al asiento de atrás. El automóvil se puso en marcha. La oscuridad era total, salvo el leve resplandor de Wild West Creek, que iba esfumándose, y el de las estrellas, que permanecía en el negro cielo. Por delante del automóvil, las luces de este solo iluminaban el terreno de cuando en cuando, evidentemente cuando el conductor se aproximaba a determinado lugar donde había algún accidente que requería especial cuidado. Esto sucedió en no menos de media docena de ocasiones, dos de ellas cruzando por un puente de madera sobre una profunda quebrada, y las restantes en zonas donde el terreno dejaba de ser liso para ofrecer vaguadas, pequeñas lomas y hasta el cauce de un riachuelo.

El viaje duró unos cuarenta minutos, y nadie dijo nada en ese tiempo, salvo algún comentario ocasional por parte de Marlon o de Rocío. Para cuando el automóvil se detuvo hacía ya varios minutos, después de haber traspuesto una de las pequeñas lomas, que habían avistado la casa, es decir, las luces de esta, que se fue perfilando a medida que se acercaban.

Era una mansión enorme, magnífica, si bien a aquella hora ofrecía escasa iluminación. Evidentemente la zona de la casa no participaba en el jolgorio del Tren De Los Solitarios, que circulaba, según cálculos de Rocío, a no menos de veinticinco kilómetros de la mansión, por más vueltas y revueltas que diese. La casa era, pues, el centro de un círculo más o menos perfecto por cuya periferia, describiendo rutas más o menos caprichosas, circulaba el tren sin acercarse nunca...

—Subiré a avisar personalmente a Marya —dijo Lázaro Comesaña—. Por favor, esperen en el salón. Si desean algo pídanlo a mis criados.

Se apearon todos del coche. La puerta de la casa se había abierto, dejando escapar un raudal de luz que recortó las siluetas de tres hombres. El Lincoln Continental se alejó rodeando la casa;

seguramente el garaje estaba en la parte de atrás.

Los tres hombres que había en la puerta eran criados. Comesaña les dio instrucciones, y uno de ellos acompañó a Rocío y Marlon al salón, cruzando el amplio vestíbulo de inmaculada blancura, adornado con bellos cuadros, muebles modernos, y una araña de cristal magnífica pendiendo del techo. A la derecha había una amplia escalinata, por la que subió Lázaro Comesaña.

Rocío y Marlon fueron introducidos en el salón, y el criado les indicó que si deseaban beber algo podían disponer del bar a su antojo, o bien pedirle a él lo que desearan. Ambos espías prefirieron servirse por sí mismos, por lo que el hombre se retiró.

—Hay tequila, pero no hay tónica —dijo Marlon, que examinaba el bar.

—Entonces prefiero un poco de *whisky* nada más —dijo Rocío.

—Buena idea, porque hielo sí tenemos.

Pocos minutos después, ambos ocupando sendos sillones, bebían en silencio. De cuando en cuando Marlon West miraba con el ceño fruncido a Rocío, que terminó por soltar una suave carcajada.

—¿Qué pasa? —se interesó—. ¿A qué vienen esas miradas?

—Estoy molesto conmigo mismo —farfulló Marlon—. La verdad es que nunca se me ocurrió que fueses de la profesión. ¡Y debí pensarlo!

—¿Y eso por qué? —se sorprendió Rocío.

—Pues porque sí. Una tía buena como tú no aparece así porque sí en la vida de un hombre. Vamos, que debí desconfiar... tal como seguramente desconfiaste tú de mí. ¿O no?

—La verdad es que sí —admitió Rocío—. Se me ocurrió que podías ser un espía, pero al ver tus dificultades para adquirir *ticket* pensé que estaba equivocada. Supongo que te las habrías arreglado sin mí.

—Depositando la fianza, qué remedio —asintió Marlon—. A la CIA no le habría gustado mucho, ya sabes que son unos tacaños.

—¡Desde luego que lo sé! —rio una vez más la hermosísima Rocío.

Marlon West hizo un gesto de asentimiento, y pareció dispuesto a seguir la conversación, pero en aquel momento se abrió la puerta, y entró con lentos pasos y suaves movimientos la joven rubia de ingenuos ojos claros. Llevaba un bonito salto de cama sobre un no

menos bonito camisón, y calzaba delicadas chinelas. Era de mediana estatura, delgada, muy bonita y de aspecto tierno y suave. Una de esas mujeres que inspiran ternura y profundo y puro amor. Ni siquiera debía tener veintitrés años.

Tras ella entró Comesaña, mientras Marlon West, impresionado, se ponía lentamente en pie, tras dejar su vaso de *whisky*.

—El señor West de la CIA —presentó Comesaña—, y la señorita Alvarado, del Servicio Secreto mexicano. Les presento a la señorita Marya Van Vorken.

Los dos espías se acercaron a la muchacha, que les ofreció la mano con gesto cordial, incluso cálido, sonriendo con aquella insólita suavidad.

—Encantada —dijo en inglés con dulce voz—. Siento mucho haber causado estas complicaciones, pero me pareció... que debía ayudar a mi padre como fuese a que consiguiera sus objetivos.

—Nos alegra comprobar que está usted bien —dijo Rocío, mirándola fijamente—. Y pensamos que no debería prolongar más esta situación, señorita Van Vorken. Hacerlo sería incrementar el riesgo de complicaciones mayores.

—Oh, yo espero que papá lo arreglará pronto.

—Debería hacerlo —insistió Rocío—. No olvidemos que para todo el mundo usted ha sido secuestrada, y eso siempre puede ocasionar muchos trastornos. Especialmente, en esta ocasión, a los Estados Unidos. ¿No es así, Marlon?

—¿Eh...? Oh, sí. Sí, sí, ciertamente. —Marlon West pareció salir de un estado de fascinación—. ¡Naturalmente! Hay que tener presente que usted fue «secuestrada» en Estados Unidos, señorita Van Vorken.

—De verdad siento todo esto —sonrió la muchacha—. Mañana mismo enviaremos recado a papá urgiéndole una solución. No sé cómo habrá pensado el resto del plan, pero conociéndole no dudo que tendrá todo bien arreglado y previsto. Por favor, dejen de preocuparse... Y muchas gracias por su comprensiva actitud.

Marlon West asintió, y Rocío continuó mirando fijamente a Marya Van Vorken, sin añadir nada más. Lázaro Comesaña sugirió que podían seguir conversando al día siguiente, y Marya se despidió de ambos espías y abandonó el salón, ahora sola.

—Ya ven que todo está bien —dijo Comesaña en cuanto la

puerta hubo cerrado a espaldas de la muchacha—. Y cuenten con que mañana mismo me comunicaré con Rij para que solucione el asunto. Mientras tanto, me encantará tenerlos como invitados especiales en mi casa... ¿Desean una habitación o dos?

—Dos —sonrió Rocío Alvarado—. Estoy segura de que dispone usted de medios para fisgar en todas las habitaciones, señor Comesaña, y al menos, ya que no podré evitar que me vea desnuda, sí podré evitar que me vea haciendo el amor.

—¡Le aseguro que mi casa no dispone de esos trucos! —rio Comesaña—. Pero ¿sabe una cosa?: ¡acaba de darme una buena idea!

El propio Lázaro Comesaña los acompañó al piso superior, donde asignó a cada uno una habitación. Ni Marlon ni Rocío manifestaron interés ni preocupación alguna por no disponer del reducido equipaje que se había quedado en el tren, y cada uno se instaló en su dormitorio.

Y hacía solamente diez minutos que se habían separado cuando sonó la llamada a la puerta del cuarto de Marlon West, que se hallaba sentado en el borde del confortable lecho, fumando pensativamente.

—Pase —autorizó clavando la mirada en la puerta.

Ésta se abrió, y entró Rocío, todavía vestida de calle. Marlon alzó las cejas con gesto entre expectante y divertido.

—¡No me digas que he terminado por gustarte! —exclamó.

—Me gustas —sonrió Rocío—, pero no vengo por eso.

—Lástima: nuestro anfitrión se va a llevar un desengaño si no terminamos el día de hoy haciendo el amor ante sus ojos.

—No nos vería aunque lo hiciésemos. He examinado bien mi dormitorio, y no hay ningún truco en él. Supongo que lo mismo ocurre aquí, con el tuyo.

—Sí. Está claro que el señor Comesaña no había previsto traer a dos espías a su sancta sanctórum, así que es esta una casa normal y corriente. Aparte de los lujos mil, se entiende. ¿Te has fijado qué habitaciones, con baño, música, terraza...?

—Marlon —se detuvo Rocío ante West—: ¿qué opinas de ella?

—¿De Marya Van Vorken? Es bonita. Yo diría que es... deliciosa y delicadamente encantadora. Muy diferente a ti, que eres... más vital, más espléndida. Vaya, yo diría que más... apetitosa.

—Muchas gracias. Y aparte de todo eso... ¿qué opinas?

—No te comprendo.

—¿No has observado nada raro en ella?

—¿En la señorita Marya Van Vorken? No, no, de verdad.

—Quizá sea que mi mirada de mujer va más allá que la tuya masculina. Puede que esté equivocada.

—¿De qué estás hablando?

Rocío Alvarado titubeó, y terminó por mover negativamente la cabeza.

—Tal vez sean figuraciones mías... De todos modos, nos están mintiendo.

—¿En qué? A mí, todo esto me parece una argucia muy propia de un político. Lo que nos ha contado Comesaña es muy verosímil.

—Sí, pero nos están mintiendo. Y no te hagas el cándido conmigo: tú también tienes que haberte dado cuenta.

Marlon West asintió apretando los labios. Estuvo mirando atentamente a Rocío unos minutos antes de murmurar:

—A decir verdad mi única duda consiste en saber si debo o no debo confiar en ti, mexicana.

—Deberías arriesgarte —susurró Rocío—. A lo mejor resulta que conmigo te pueden ir muy bien las cosas.

—¿Empezando por pasar la noche haciendo el amor?

—¿Por qué no? —entornó los ojos Rocío—. Si hay algo que merezca hacerse en esta vida es precisamente el amor.

CAPÍTULO VI

La señorita Van Vorken no apareció por el salón hasta bien pasadas las diez de la mañana, cuando hacía ya más de dos horas que Marlon y Rocío esperaban pacientemente, y, con ellos, Lázaro Comesaña con el cual habían desayunado.

Afuera hacía un sol radiante, el día era espléndido. Desde los ventanales del salón se divisaba un paisaje grandioso, amplio, casi completamente liso, con esa belleza no bien comprendida de la tierra semidesértica. Era un lugar rudo y hermoso, en el cual destacaba la personalidad de la señorita Van Vorken, que aquella mañana llevaba pantalones de hilo crudo y una blusa también de hilo de color celeste. Era... como una figurita de porcelana fuera de su emplazamiento habitual.

—Me parece —dijo dulcemente al verlos a todos en el salón— que han madrugado ustedes mucho.

—Los espías dormimos cuando tenemos tiempo —dijo simpáticamente Marlon West.

—¡Sí, ya lo he visto en las películas! —rio Marya—. Supongo que han desayunado.

—Hace siglos —dijo Rocío—. ¿Se encuentra usted bien?

—¿Yo? —La miró sobresaltada Marya—. ¡Naturalmente! ¿Por qué lo pregunta?

—Se me ha ocurrido que el levantarse tan tarde podía ser debido a alguna indisposición.

—No, no, en absoluto. Bueno, solamente quería saludarles antes de que se marchen, y desayunaré entonces. He pensado que ustedes dos, que se han molestado y arriesgado por este asunto, merecerían una... información directa de la decisión de mi padre. ¿Adónde podemos llamarles?

—Podrían esperar en el Desert Hotel —sugirió Comesaña, amablemente—. Les pasaremos la información directamente allá, y

podrán regresar a sus puntos de partida con la solución al caso.

—Siempre y cuando consigamos comunicar hoy mismo con mi padre, naturalmente —condicionó Marya.

Marlon y Rocío iban mirando de uno a otro a medida que hablaban. De pronto, Rocío sonrió y dijo:

—No se busquen tantas preocupaciones, por favor: nosotros vamos a solucionar el asunto a nuestra manera y rápidamente.

—Sí —añadió Marlon, también sonriente, y sacando su plana pistola especial—. Anoche Rocío y yo tomamos nuestras propias decisiones, así que no hace falta que ustedes se molesten. La solución es muy simple: Rocío y yo nos vamos de aquí llevándonos a la señorita Van Vorken.

—¡Desde luego que no! —exclamó Comesaña, palideciendo.

—Desde luego que sí —dijo Rocío, sacando inopinadamente una pistolita de debajo de su falda y apuntando con ella a Comesaña—. Y usted también va a acompañarnos, buen Lázaro, a fin de que nadie tenga la tonta idea de cortarnos el paso. Ahora, abra esa puerta, asome la cabeza fuera del salón, y pida el coche. Solamente eso, señor Comesaña, a menos que prefiera recibir un balazo en la nuca.

—Oh, Dios mío —gimió Marya, tambaleándose.

Marlon se apresuró a tomarla de un brazo, y la ayudó a sentarse en un sillón. Rocío mantenía la mirada fija en Comesaña. Una mirada en la que Comesaña debió ver algo espeluznante porque se estremeció y caminó hacia la puerta del salón, la abrió, y cumplió las instrucciones dadas por Rocío. Acto seguido cerró la puerta, y volvió a mirar a Rocío, que seguía contemplándole con desconcertante e inquieta atención.

—Vamos a ir directos a la estación Dulce Nombre —dijo la bellísima espía mexicana—, y no queremos tener tropiezos en el camino. Si tal cosa ocurre, le mataré a usted, Lázaro.

Marya Van Vorken estaba ahora llorando copiosamente. Marlon West se había sentado en el brazo del sillón y la abrazaba por los hombros. Rocío escondió su pistola de nuevo bajo la falda y, se dirigió hacia la puerta.

—Vuelvo dentro de dos minutos —dijo.

Salió del salón, miró la escalinata, y tranquilamente, se dirigió hacia ella, ascendiendo al primer piso. Desde el fondo del pasillo de

este piso arrancaba otra escalinata, mucho más discreta, que conducía al último piso, de dimensiones más reducidas que la planta y el primero. Sin vacilación alguna, Rocío Alvarado subió por aquellas escaleras. Llegó al último piso, donde también había unas pocas habitaciones, posiblemente estudios superaislados. Escuchó tras una puerta, pero no oyó nada. En la segunda, sí oyó algo, y acto seguido, simplemente, abrió y entró en la habitación...

—Oh, perdón —exclamó.

Los tres hombres que había dentro de aquella pieza se quedaron mirándola petrificados por el asombro y el desconcierto. Uno de ellos estaba sentado en el borde de una mesa, otro en un sillón, y el tercero permanecía de pie; dos de ellos fumaban. El más joven no debía tener menos de cincuenta años. Los tres vestían bata blanca. La habitación parecía un laboratorio. A un lado, un aparato de Rayos X. Enfrente, una bomba de cobalto. Había probetas por todas partes, y una cantidad enorme de utensilios de laboratorio y de hospital, como un electroencefalógrafo, por ejemplo...

—Perdón —repitió Rocío—. ... Estoy buscando a la señorita Van Vorken, y como no la he hallado en su dormitorio... Además —sonrió encantadoramente—, soy muy curiosa. ¿Ustedes viven aquí con el señor Comesaña?

Los tres hombres, cuyo aspecto de médicos o como mínimo investigadores científicos, era por demás evidente, no reaccionaban. Tal vez no la estaban entendiendo en español, así que Rocío dijo, ahora en inglés:

—¿Son ustedes invitados del señor Comesaña?

Uno de los médicos reaccionó por fin, exclamando:

—¿Y usted quién es? ¡Nadie puede subir a este piso, nadie!

Los otros dos reaccionaron también, y uno de ellos, el que estaban sentado de lado en la mesa, se adelantó impetuosamente hacia Rocío, y la agarró de un brazo.

—¡Ya que usted ha entrado aquí...!

Rocío giró levemente, y lanzó un suave pero perverso rodillazo a los genitales del médico, que la soltó en el acto, desorbitó los ojos, y, llevándose las manos a las ingles, comenzó a caer hacia delante, como muerto. Los otros dos dieron un paso hacia Rocío, que no perdió el tiempo ni se complicó la vida. Al más joven no derribó sin sentido de un golpe directo en el centro de la frente, y al otro, que

había palidecido y se disponía a gritar, lo fulminó con un golpe de karate lateral al cuello. Los ojos del médico giraron hasta mostrar solamente la blancura de la córnea, y se desplomó de espaldas como un saco.

—Lo segurísimo —susurró Rocío— es que no sois espías...

Sus grandiosos ojos giraron por todo el laboratorio. Se acercó a unas gavetas, las abrió, y vio dentro papeles y una carpeta. Lo cogió todo, cerró la gaveta, y regresó a la puerta.

Segundos más tarde entraba de nuevo en el salón. Marlon, Marya y Comesaña seguían igual, pero el mexicano, al ver la carpeta que portaba Rocío lanzó una exclamación, palideció, y, sorprendentemente, se abalanzó hacia la espía, jadeando:

—¡No puede sacar eso de aquí...!

Marlon West se cruzó en su camino, lo detuvo con un codazo al hígado, y lo derribó sin sentido con un cruzado en la mandíbula que seguramente se la partió. En un instante, Lázaro Comesaña había pasado de la consciencia a la inconsciencia. Marlon West gruñó algo, y señaló la carpeta.

—¿Qué es eso?

—Lo ignoro. Estaba en un laboratorio que estaba en el último piso... También hay allá tres médicos, o laboratoristas, o investigadores científicos, lo que sean. He tenido que golpearlos. No creo que tarden mucho en recobrar el sentido, así que deberíamos marcharnos cuanto antes.

—Nos llevaremos a Comesaña, para que nos sirva de rehén. Sal a ver si el coche ya está preparado.

—Si no estoy de vuelta en quince segundos es que lo está —asintió Rocío; titubeó y añadió—: tal vez sería mejor que Marya saliera conmigo, así podrás cargar con Comesaña.

—Buena idea.

Los dos miraron a la señorita Van Vorken que ya no podía estar más lívida. Ella parecía que no les había oído. Rocío se le acercó, la tomó de un brazo, y tiró suavemente, Marya Van Vorken alzó lentamente la mirada. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Voy a morir —sollozó—. Voy a morir, voy a morir, voy a morir...

—¡No pensamos hacerle el menor daño! —exclamó Marlon.

—Ella no habla de eso —dijo Rocío, sin mirarlo—. Vamos,

Marya, es mejor que nos marchemos de aquí. Yo le proporcionaré mejores servidos de los que ha tenido hasta ahora.

—Voy a morir —comenzó a llorar a lágrima viva la muchacha—. ¡Voy a morir, nada podrá salvarme...!

Rocío tiró de su brazo, poniéndola en pie, y tiró de ella hacia la puerta. Estaban a punto de alcanzarla cuando se abrió, y entró uno de los criados, abriendo la boca... Se quedó así al contemplar la inesperada escena. Al reaccionar quiso gritar, y entonces la pistola de Marlon casi se metió en su boca.

—Silencio —susurró el espía—. Silencio o te vuelo los sesos.

Los ojos del hombre casi saltaban de las órbitas. Permanecía con la boca abierta y la pistola dentro. Marlon la retiró de repente, y golpeó con ella al hombre en la sien izquierda, fulminándolo. Marlon miró a Rocío.

—Éste venía a avisar que el coche está preparado. Salid vosotras primero.

Rocío esperó a que Marlon se cargase en un hombro desvanecido Lázaro Comesaña, salió dejando la puerta abierta, y siempre llevando de un brazo a Marya Van Vorken camino hacia la puerta de la casa. No había nadie más en el vestíbulo en aquel momento. Rocío abrió la puerta, vio a Marlon acercarse con el cuerpo de Comesaña, y le hizo un gesto para que esperase. Se asomó, vio ante la casa el Lincoln Continental y a los dos guardaespaldas de Comesaña, y se volvió hacia Marlon.

—Están los dos —susurró—. Por si acaso, cúbreme desde aquí.

Rocío soltó a Marya Van Vorken, y salió de la casa sola. Los dos hombres la vieron enseguida. Ella les sonrió y se les acercó sonriendo con toda naturalidad.

—El señor Comesaña me envía a buscarles —dijo—. Hay un paquete pesado que deben colocar ustedes en el portamaletas.

Los dos hombres cambiaron una mirada de sorpresa, pero eso fue todo; se encaminaron enseguida hacia la casa, en la cual entraron llevando tras ellos a Rocío Alvarado... Respingaron al encontrarse ante la pistola de Marlon West, que tenía sobre un hombro a Comesaña. No tuvieron tiempo ni de indagar una explicación, pues Marlon golpeó a uno de ellos con la pistola en la frente, y Rocío golpeó al otro con la suya en la nuca. Los dos hombres cayeron al suelo, el primero sangrando por la brecha de la

frente. Marya Van Vorken miraba con los ojos muy abiertos. Rocío volvió a salir de la casa sin haber dicho una palabra. Se metió en el coche y lo acercó todavía más a la puerta. Sabía que desde diversos sitios varios criados debían de estar observándola, aunque sin precaución por el momento...

Marlon salió rápidamente de la casa, cargado con Comesaña y llevando delante a Marya Van Vorken. En un instante, los tres estaban ocupando el asiento de atrás, y Rocío había arrancado. Tras ellos oyeron un grito, y luego varios. Marlon dejó a Comesaña como si fuese un muñequito apoyado en la portezuela de la derecha, y tendió la mano a Marya, que sostenía la gaveta. Ella se la entregó, pero no tuvo tiempo, Marlon, de examinarla.

—Ya vienen detrás de nosotros —advirtió Rocío, fija la mirada en el retrovisor—. Será mejor que te ocupes de eso.

Marlon volvió la cabeza, y, en efecto, divisó dos automóviles en la distancia, como diminutos juguetes al final de la carretera, que sin duda conducía a la entrada oficial a los terrenos Ferrocarriles Fantasía.

—Apuesto a que tienen radioteléfono y otros sistemas de comunicación y vigilancia —dijo, volviéndose de nuevo hacia el frente y mirando los ojos de Rocío en el retrovisor—. Y si seguimos en esta carretera iremos a caer en cualquier trampa o control. Tenemos que ir por otro camino.

—¿Ir... adónde? ¿Y por cuál camino?

—No tengo ni idea de una cosa u otra, pero sí sé que si seguimos por aquí nos atraparán. Recuerda que Comesaña dijo que tenía más de treinta hombres a su servicio.

—Bueno —sonrió Rocío—, pero nosotros le tenemos a él. Y mientras lo tengamos en el coche no harán nada peligroso para nosotros. Y todavía menos sabiendo que llevamos también a Marya.

Rocío Alvarado tardó menos de dos minutos en convencerse de su error. Manejando hábilmente el Lincoln Continental, había sacado una buena ventaja a los perseguidores de la mansión, pero el adversario apareció también por el frente, acudiendo a su encuentro por la carretera privada. Rocío fue la primera en ver el coche negro, pero enseguida lo vieron Marya y Marlon. Este último insistió:

—Sal de la carretera. Mientras circulemos por ella podrán encontrarnos en cualquier momento. En cambio, si vamos campo a

travesía nunca sabrán qué dirección hemos tomado.

—Tal vez tengas razón —admitió ella.

El otro coche acudía a su encuentro a toda velocidad. No se veían más vehículos, pero los espías sabían que muy pronto estarían movilizadas todas las fuerzas de Lázaro Comesaña, que harían lo posible por rodearlos de tal modo que no pudieran de ninguna manera abandonar los terrenos de Ferrocarriles Fantasía.

Rocío sacó el coche de la carretera, y el vehículo comenzó a rebotar por el áspero terreno. El otro coche también salió, lanzándose en su persecución sin reducir apenas velocidad...

—Frena un poco para que salte —dijo Marlon—. Y luego vuelve a por mí.

—De acuerdo —dijo Rocío.

Frenó lo suficiente para que Marlon pudiera saltar del vehículo sin romperse ningún hueso. Rodó por el suelo, quedó tendido boca abajo, y soltó un respingo al ver que el coche perseguidor estaba tan cerca que podía verle el rostro al conductor y al hombre que iba a su lado. Marlon West apuntó con su pistola al rostro del conductor, sujetó con la mano izquierda la muñeca derecha, y apretó el gatillo tres veces seguidas. Los disparos resultaron ridículos en la amplitud del paisaje... pero a menos de quince metros de Marlon, pareció que estallase un gran diamante. El cristal parabrisas saltó convertido en diminutos trozos relucientes, al coche cambió de dirección, pareció que fuese a cambiar el sentido de la marcha, y de pronto volcó, rebotó, rebotó como una pelota, crujieron los demás cristales, chirrió la chapa... Una portezuela se abrió, y un hombre salió despedido fuera del vehículo, que rebotó de nuevo, cayó sobre sus cuatro ruedas, saltó otra vez, y cayó sobre su techo, deslizándose así no menos de diez metros, arrancando matorrales, tierra, chispas de las piedras...

Finalmente quedó inmóvil y silencioso, rodeado de una nube de polvo que parecía rojo. Nadie salió del vehículo. Marlon buscó con la mirada al hombre que había sido expulsado fuera tan violentamente, y lo vio tendido en el suelo, quieto. Se puso en pie y miró el Lincoln Continental, que se acercaba. Segundos más tarde, apenas detenido el coche, se metía dentro. Rocío aceleró de nuevo.

—Con el coche no saldremos de aquí —masculló Marlon.

—Me temo que tienes razón —admitió Rocío—. Parece que

estamos destinados a utilizar el tren. Despierta a Comesaña para que nos diga en que estación podemos tomarlo.

Dos violentos bofetones terminaron por despertar a Comesaña, que se quedó mirando con ojos desorbitados a Marlon West. Éste sonrió hoscamente, y de un manotazo le arrancó al mexicano la peluca, la hermosa cabellera canosa que le confería tal aspecto señorial. Aspecto que cambió totalmente cuando quedó al descubierto la calva cabeza de Comesaña, que se llevó las manos a ella con un gesto de rabia y vergüenza, intentando en vano ocultar su calvicie y los dos mechones de finos cabellos grises que se descolgaban por un lado. Marya Van Vorken había lanzado una exclamación de asombro, y contemplaba ahora a su anfitrión como si fuese un fantasma. Por el espejo retrovisor también Rocío Alvarado miraba al mexicano, sonriendo irónicamente.

—Esto lo pagaré caro —jadeó Comesaña—. ¡Lo pagaré caro!

—¿Más de cincuenta mil dólares? —Gruñó Marlon—. Venga, déjese de amenazas y tonterías y díganos dónde está la estación en la que podamos tomar el tren cuanto antes.

—No lo haré —aseguró Comesaña.

—Me parece que ya tiene la mandíbula rota —sonrió siniestramente Marlon—. ¿Qué quiere que le rompa ahora?, ¿una pierna, por ejemplo? ¿O tal vez prefiera que le arranque las orejas?

—Espera un momento —exclamó Rocío—. Vamos a ver si las cosas tienen un mínimo de lógica.

Detuvo el coche y apagó el motor. Todo quedó en silencio. Estaban en pleno campo abierto, y parecía que no hubiese en el mundo más que aquel lugar silencioso y soleado. Rocío abrió el compartimiento del tablier, y sacó su contenido: una pistola, unos guantes... y enseguida un mapa; es decir, la reproducción fotocopiada de un mapa hecho a mano, que tras examinar brevemente tendió a Marlon. Éste lo examinó a su vez rápidamente, y sonrió satisfecho: era la explicación de todo el tendido de Ferrocarriles Fantasía, incluyendo no solo las estaciones, sino los horarios. El espía consultó su reloj, miró luego la posición del sol, reflexionó unos segundos, y miró a Rocío.

—Desvía la marcha unos quince grados y sigue recto. Si he hecho bien los cálculos dentro de poco tenemos que cruzar un puente, y unos kilómetros más allá encontraremos la estación

llamada Los Difuntos.

—Caramba —dijo Rocío—. ¡Vaya nombre!

Puso de nuevo el coche en marcha, siguiendo las indicaciones de Marlon, que ahora contemplaba pensativo al mortificado Lázaro Comesaña. De repente, Marlon agarró al mexicano por las ropas, rudamente.

—¿Qué le ocurre a Marya? —masculló—. ¿Por qué va a morir?

—No lo sé... ¡Yo no lo sé, yo solo le estoy haciendo un favor a Rij Van Vorken, solo eso...!

—Tal vez sea cierto que él no lo sabe —dijo Rocío, que conducía con una firmeza admirable—. Pero aunque mienta no debe importarnos, Marlon. Ella nos lo dirá... ¿No es cierto, Marya?

—No lo sé —tembló la voz de la muchacha—. Sé que voy a morir, pero no exactamente por qué. No han querido decírmelo. Vine aquí con tres médicos que debían hacerme una serie de análisis por si podían encontrar alguna solución, pero nadie me dijo nunca nada concreto... Ni siquiera mi padre.

—Pero su padre sí lo sabe.

—Sí... Claro, él sí. Está... estaba tan asustado... tan asustado que no pudo ocultar sus temores por mí. Incluso... se puso a llorar cuando me estaba proponiendo el viaje y me daba las instrucciones para que simulásemos el secuestro. Me decía... todo eso de su promoción política, pero entonces... comprendí que no era cierto, que estaba... ocurriendo algo... diferente y espantoso, y... y no solo a mí...

—¿No solo a usted? —exclamó Marlon—. ¿Qué quiere decir?

Marlon estaba tan pendiente de Marya Van Vorken que la acción de Lázaro Comesaña le sorprendió completamente: el mexicano, que había estado deslizándose la mano por detrás de su cuerpo en busca de la palanca de la portezuela, la encontró, la accionó abriéndose esta, y, empujándola con la espalda, saltó fuera del coche. La sorpresa dejó paralizado a Marlon, mientras Rocío, lanzando una exclamación, miraba por el retrovisor y veía a Comesaña rebotando por el áspero terreno alzando nubecitas de polvo. Marlon, que finalmente había reaccionado y miraba hacia atrás por el cristal zaguero, lanzó una maldición.

—Ese tipo está loco... O lo estaba, porque debe de haberse matado. Da la vuelta, le echaremos un vistazo...

—Es mejor que sigamos —dijo Rocío—. Tenemos que llegar cuanto antes a Los Difuntos y esconder allá el coche. Porque si solo nos persiguen con automóviles no tendremos demasiados problemas, pero si utilizan helicópteros nos encontrarán muy pronto.

—Tienes razón. Sigue. ¡Al demonio ese calvo idiota...!

Rocío que no había dejado de conducir en ningún momento siguiendo su ruta, miró ahora a Marya volviendo un poco la cabeza.

—¿A quién más le está ocurriendo lo mismo que a usted? —preguntó.

—A... a varias personas de allí, de Paramaribo...

—¿Una epidemia? —sugirió Marlon West.

—No... no creo que sea eso...

—¿Pues qué?

—No lo sé... ¡No lo sé, no lo sé, lo juro...!

—Tranquilícese —refunfuñó Marlon—. La creemos. Pero tenemos que saber qué está ocurriendo, así que... Rocío, creo que deberías de regresar en busca de Comesaña, por si está vivo. Él nos dirá que sucede.

—Sé de alguien que nos lo explicará mejor —sonrió fríamente Rocío Alvarado—: el señor Rij Van Vorken. Tenemos todos los triunfos a nuestro favor, para convencerlo a las buenas. O nos lo explica, o no le devolvemos a su hija, a la que no volverá a ver jamás, y además denunciaremos mundialmente todo lo que conocemos de su jugada, empezando por la farsa del secuestro.

—Caray —movió la cabeza Marlon—. ¡A eso le llamo yo tener mala uva, cariño!

—No estamos divirtiéndonos con ningún juego de salón, ¿sabes? —replicó Rocío—. Y otra cosa: me parece que estamos llegando a Los Difuntos.

—¿Cómo lo sabes? Yo no veo nada...

—Yo sí: juraría que aquello son cipreses...

CAPÍTULO VII

Eran cipreses, en efecto. Formaban parte del ornato del pequeño cementerio que había junto a la estación Los Difuntos.

Era sencillamente espeluznante.

En pleno desierto, en aquella parte más polvorienta, había un pequeño cementerio con cipreses que parecían de piedra, debido al polvo que los cubría y a su quietud. Pero eso era lo de menos. Lo escalofriante estaba en los motivos por los que aquella estación se llamaba de Los Difuntos... No había un solo ser vivo en ella. Todo eran muertos.

Muertos de pega, eso sí. Había figuras de madera, trapo y barro ocupando diversos sitios en la pequeña estación, y en la cantina de esta. En el hueco del bar se veía una mujer inmóvil, por supuesto, y rodeada de telarañas, en el gesto de servir un tequila. Delante de ella, dos muertos de pie esperaban calmar su sed. Más allá, también lleno de polvo, se veía el jefe de la estación En un banco, tres viajeros «muertos» esperaban el tren. Había más muertos en la sala de espera, asimismo cubiertos de polvo y telarañas. De cuando en cuando, por el andén pasaba un lamento de polvo rojo, pero, curiosamente, los rostros de los muertos de Los Difuntos tenían un color real, lívido, cerúleo, en el que destacaban los ojos de reluciente cristal...

Era absolutamente tétrico y hasta repugnante, y Marya Van Vorken parecía al borde del desmayo al contemplar aquello. Marlon la acompañaba, siempre sujetándola como si temiese que fuera a rodar por el suelo de un momento a otro. Por su parte, tras meter el coche en la parte de atrás de la, sala de espera, Rocío había curioseado más a fondo el lugar...

En aquel momento se hallaba en el pequeño apartamento que había encima de la sala de espera, donde se suponía que debía vivir el jefe de la estación. Era de una sordidez espantosa, pero, sobre

todo, resultaba chocante el dormitorio, donde había una sola cama enorme, con sábanas negras y con una enorme vela en cada esquina. Encima mismo de la cama, pegado al techo, había un espejo. Los muebles eran negros, las cortinas eran negras... Había un gramófono cuyo título miró Rocío: era una marcha fúnebre.

Encima de la cabecera de la cama había un cartel que decía:

LA MUERTE DURA MÁS QUE LA VIDA ACOSTUMBRÉMONOS A ELLA

Rocío estaba moviendo la cabeza cuando oyó el pitido del tren. Se asomó a la ventana, y vio el trenecito acercándose a la estación, perdiendo velocidad. Bajó inmediatamente a reunirse con Marlon y Marya Van Vorken, que estaban junto al borde del andén.

—¿Qué has estado haciendo? —se interesó Marlon.

—Nada importante. Este lugar es horrible.

—Es un lugar absurdo y ridículo, Rocío.

—Si... Pero tiene algo verdaderamente horrible. No sé qué es, pero así lo siento.

Marlon West encogió los hombros.

—Ocúpate tú ahora de Marya —dijo—. Yo me encargaré de convencer al conductor del tren de que debe seguir el viaje sin detenerse aquí... ni en ninguna otra estación.

—Si hacemos tal cosa, y están viendo el tren, se darán cuenta de que algo raro ocurre, y deducirán que nosotros hemos escondido el coche y viajamos en el tren hacia Dulce Nombre. En cambio, si el tren prosigue su marcha, normalmente, quizá no se les ocurra que viajemos en él, y seguirán buscándonos... Para cuando comprendan la verdad, quizá hayamos llegado ya a Dulce Nombre, y a partir de ahí, ya sabremos qué hacer y dónde ir.

—Pero si el conductor del tren nos ve subir avisará a...

—El conductor no sabe nada de nada. Puede pensar que anoche nosotros nos apeamos aquí, y que ahora volvemos a viajar. Ni siquiera debe saber si la señorita Van Vorken es una cliente de Ferrocarriles Fantasía, porque dudo mucho que Comesaña haya permitido que la vean incluso sus empleados... ¿Cómo la trajeron aquí? —Miró Rocío a la muchacha—. En helicóptero y de noche, ¿verdad?

—Sí... Sí, es cierto.

Rocío miró significativamente a Marlon, y este, tras titubear, dijo:

—De acuerdo, de momento, probaremos como dices. Pero si sucede algo, tú y yo debemos encargarnos de que este tren se dirija a toda velocidad hacia Dulce Nombre.

El trenecito estaba llegando. Había algunos pasajeros mirando por las ventanillas del pasillo situado a un lado del vagón. Rocío, Marya y Marlon subieron al suyo, en el que solamente viajaban ahora la pareja de jóvenes, que parecían muy fatigados. Ocuparon sendos asientos, y Marlon examinó el mapa.

—Esperemos que el tren no se detenga mucho rato aquí —murmuró—. La próxima estación es Lunario. Luego siguen San Solar, La Planicie, Bagdad, Bosque Encantado, Manantial... y Dulce Nombre.

—Veamos el contenido de la gaveta. Aunque me temo que son todo anotaciones médicas o científicas de las que tú y yo poco podemos sacar en claro. ¿No comentaban nunca los análisis delante de usted, señorita Van Vorken?

—No... Nunca. Ni contestaban a mis preguntas. Me decían que pronto estaría bien, que mi padre y ellos estaban haciendo todo lo posible, que confiase en ellos... Cosas así, pero nunca... nunca explicaciones.

Sonó el silbido del tren, y comprendieron que este se detenía solo en Los Difuntos el tiempo justo para que los pasajeros examinasen el lugar y decidiesen si se quedaban o no. Al parecer, nadie se había quedado. Al menos, no vieron a nadie vivo en el andén. El tren se puso en marcha.

Rocío abrió su maletín de viaje, que había permanecido donde ella lo dejara al parecer sin que nadie se interesara por él, y metió dentro las anotaciones que había contenido la gaveta. Marlon la observaba en silencio, inexpresivo el rostro. Ella le miró y sonrió.

—Naturalmente no pienso quedarme esto en exclusiva: sacaremos fotocopias para tus jefes de la CIA.

—Muy amable —sonrió también Marlon West.

El tren volvió a pitar. Los Difuntos iba quedando atrás. Apenas veinte minutos más tarde llegaban a Lunario, que era un lugar en verdad sorprendente. Parecía talmente un paisaje lunar, y muy

cerca de la estación había una imitación de una nave «Apolo» y junto a esta las efigies de dos astronautas norteamericanos clavando la bandera de Estados Unidos en el suelo... Pero el tren ni siquiera se detuvo allí, y los dos espías comprendieron que en ese lugar solamente se debían de hacer paradas de noche, pues de día, por mucho que se pareciese el paisaje a la luna, el efecto quedaba lógicamente desvanecido por la radiante luz solar.

San Solar fue la siguiente estación, y aquí sí se detuvo el tren, pero solo quince minutos. La estación de San Solar era, pura y simplemente, un horno de calor difícilmente soportable. Sin embargo, era hermoso, pues tenía sin duda alguna lo que quería simular un oasis, con palmeras, chumberas y un manantial de aguas cristalinas y sorprendentemente frescas. A las sombras de las palmeras había unas extensibles, para tomar el sol. Un poco alejado había un amplio techado de palmas bajo el cual se divisaban dos *jeeps*. Marlon, que se había acercado a examinarlos, regresó diciendo:

—Hay una indicación allá, un letrero que dice que los pasajeros que se queden a tomar el sol y se arrepientan antes que el tren vuelva a pasar por aquí, pueden marcharse en *jeep* a otro lugar menos inclemente, siempre siguiendo la línea férrea.

—Es un sitio horrible —murmuró Marya Van Vorken.

—Es un sitio encantador —aseguró Rocío—. El sol es siempre encantador.

El tren partió. La Planicie fue la próxima estación. Aquí la sorpresa fue mayúscula, pues el lugar era una copia de las Vegas en pequeño. Había un enorme hotel precioso, blanco, luminoso, y tres piscinas de diferente tamaño en un jardín exuberante y cuidadísimo, con césped y flores de todas clases. No había menos de diez casinos, y de todos ellos salía gente para entrar en otros. Había lujo por todas partes, mujeres hermosas vestidas elegantemente, hombres con ropas estridentes y otros vestidos con esmoquin... El rumor de la gente era interminable. La parada allí era de media hora.

—Echaré un vistazo —dijo Rocío.

Regresó cuando el tren estaba a punto de partir. Marlon y Marya seguían sentados, y la miraron interrogantes. El tren se puso en marcha. Nadie había abandonado La Planicie excepto tres

camareros chinos que, al parecer, se dirigían a Bagdad, próxima estación.

—¿Has visto algo especialmente interesante? —preguntó Marlon.

—Nada que no se comprenda sin bajar del tren. Casinos, hoteles, restaurantes... Y se juega de verdad. Todo es de verdad aquí. Tiene que ser un negocio fabuloso. Hay gente que lleva instalada aquí más de un mes. Llegaron con el tren, se instalaron en el hotel, y todo lo que hacen es jugar. Para los verdaderos jugadores es un auténtico paraíso. Bueno, esto empieza a ponerse interesante. Y por lo que dijo Comesaña Bagdad ha de ser también algo fuera de serie.

—Lástima que no podamos quedarnos, entonces —sonrió Marlon.

El zumbido de un helicóptero llegó claramente hasta ellos. Marlon y Rocío se miraron. Ella asomó cautelosamente la cabeza por la ventanilla, y vio el helicóptero por encima del tren, siguiendo la marcha de este. Retiró la cabeza y murmuró:

—Claro: se les ha ocurrido que también podemos estar en el tren... Si deciden esperarnos en Bagdad las cosas se van a complicar.

Marlon asintió. En el vagón entró en aquel momento uno de los camareros chinos. La mirada de Marlon se clavó en el hombre. Rocío volvió la cabeza y vio al chino en la entrada del vagón, vuelto de espaldas a ellos, diciendo algo en chino... Los otros dos chinos aparecieron portando sendas cestas de mimbre. Los tres fueron a sentarse al lado del vagón que no tocaba el sol.

—¿Son estos los chinos? —preguntó Marlon.

—Sí, sí.

—¿Hablas chino?

—No —rió Rocío.

—Entonces... ¿cómo sabes que van a Bagdad, si entre ellos hablan en chino?

—Porque les oí decir «Bagdad», que al parecer suena igual en chino que en cualquier otro idioma.

—Buen chiste. Bueno, según el mapa...

—Pongan las manos sobre la cabeza —oyeron la voz, en perfecto inglés.

Los tres miraron hacia los chinos. Dos de ellos, puestos en pie,

les estaban apuntando con sus pistolas. El tercero se les acercaba despaciosamente. La pareja de jóvenes contemplaban la escena en sonriente curiosidad, sin duda convencidos de que aquello era un juego más de Ferrocarriles Fantasía... Pero Rocío y Marlon comprendieron enseguida que no lo era, y colocaron sus manos sobre la cabeza. Marya Van Vorken parecía desconcertada, pero terminó por hacer lo mismo. El chino llegó ante ellos, también exhibiendo una pistola, y dijo:

—Salgan a la plataforma. Vamos, háganlo enseguida.

La primera en comenzar a caminar por el pasillo fue Rocío, seguida por la asustada Marya, a la que Marlon le había hecho una seña. Marlon cerraba la marcha. Detrás de ellos iban los tres chinos, uno de los cuales accionó la alarma del tren, que comenzó en el acto a detenerse, frenando con tal brusquedad que Marya Van Vorken cayó de rodillas, y delante de ella le ocurrió lo mismo a Rocío Alvarado, que para frenar el golpe contra el piso del vagón retiró las manos de encima de su cabeza y las apoyó ante ella en el suelo. Se puso en pie enseguida... mientras su mano derecha desaparecía velozmente bajo su falda y reaparecía no menos velozmente empuñando la pistolita.

—¡Marlon! —advirtió.

Al mismo tiempo que Rocío disparaba, Marlon West lanzaba hacia atrás un codazo que acertó al chino que le seguía justo en la frente, con tal fuerza que le rompió el cuello y lo tiró, instantáneamente cadáver, contra el chino que le seguía. Éste, que se disponía a disparar contra Marlon, recibió entre ceja y ceja la bala disparada por Rocío, y pareció talmente una marioneta a quien de pronto le han cortado los hilos, desplomándose fulminado, y dejando completamente visible al tercer chino en el momento en que disparaba. Al mismo tiempo que el chino disparaba de nuevo Rocío, y también lo hacía Marlon, que se había inclinado para recoger su pistola del escondrijo habitual...

La única que resultó ilesa fue Rocío. El chino recibió en un ojo la bala disparada por la bella mexicana, y en el centro del pecho la disparada por Marlon, todavía este inclinado. Al mismo tiempo, Marlon recibía en el muslo derecho la bala disparada por el chino, lanzaba un aullido, y caía sentado en el pasillo. Marya Van Vorken estaba más pálida que nunca. El tren se había detenido ya

completamente. La pareja de jóvenes contemplaba ahora la escena con ojos muy abiertos, entre asustados e indecisos. No sabían si tomarse en serio el asunto o considerarlo como la pelea a revólver que habían presenciado la noche anterior en Wild West Creek. La visión de la sangre en el muslo de Marlon les sacó de toda duda, o mejor dicho, la maldición que lanzó Marlon al ver brotar la sangre, y la leve palidez que apareció en sus facciones.

—Ustedes —les apuntó Rocío con la pistola—, sigan sentados ahí arrullándose y no se preocupen de nada más. ¿Entendido?

Los dos jóvenes volvieron a sentarse. Rocío empujó suavemente a Marya para que se sentara también, y se acuclilló ante Marlon, que se había sentado en el pasillo, y farfullaba maldiciones mirando la herida.

—¿Podrás caminar? —preguntó Rocío.

—No necesito caminar... ¡Voy en tren!

—Tendremos que apearnos en Bagdad —movió la cabeza Rocío—. Cuando vean que los chinos no se apean allí comprenderán que algo les ha ocurrido... lo que será tanto como saber que nosotros vamos en el tren. Tendrás que caminar aunque solo sea un poco, Marlon.

—¿Y cómo demonios vamos a seguir viajando hacia Dulce Nombre?

—Quizá en camello —sonrió Rocío—. ¿Tienes un pañuelo blanco?

—Con un pañuelo no conseguiremos contener la sangre.

—No lo quiero para eso, sino para hacer señas al conductor desde la ventanilla, a fin de que prosigamos el viaje.

—No eres muy amable, ¿sabes? Después de lo de anoche...

Le tendía un pañuelo, que Rocío utilizó agitándolo fuera de la ventanilla. Casi enseguida el tren reanudó la marcha.

Rocío les quitó las chaquetillas blancas a los chinos, y tras vaciarles los bolsillos las entregó a Marya, para que se las arreglara con ellas para taponar la herida de Marlon. Llevó a los chinos uno tras otro a la plataforma, y desde allí los empujó fuera del tren. Regresó al interior del vagón, y se dedicó a examinar las cosas de los chinos.

—¿Qué? —masculló Marlon—. ¿Encuentras algo especialmente interesante?

—Solo una cosa —le miró ella.

—¿Cuál?

—La misma que tú: ¿qué pintan los chinos en esto?

Marlon West asintió, y ambos se quedaron mirando a Marya Van Vorken, la cual se estaba limpiando la sangre de las manos tras haberle hecho una cura aceptable a Marlon, si bien había tenido que cortarle la pernera del pantalón.

—¿Por qué me miran así? —Se inquietó la muchacha.

—Esos chinos no eran cocineros ni nada parecido —dijo Marlon—: eran agentes secretos. Y no creo que estuviesen de paso jugándose unos centavos en La Planicie. Ni creo que fuesen clientes de Ferrocarriles Fantasía. Ni me parece aceptable que fuesen empleados de Lázaro Comesaña pudiendo tener este todos los empleados mexicanos que quisiera, y muchos menos llamativos que los chinos.

—Lo que Marlon quiere decir es que los chinos esos estaban aquí, en Ferrocarriles Fantasía, por algo concreto —aclaró Rocío—. ¿Los había visto usted antes en la casa, o en cualquier sitio?

—No... No. Bueno... No, no.

—¿No o sí? —entornó los párpados Rocío.

—Bueno, últimamente vi que algunos amigos de papá tenían relación con algunos chinos, pero no... no creo que eso tenga nada que ver en esto.

Marlon y Rocío la miraron como fascinados, fijamente. El tren seguía su marcha. La pareja de jóvenes se había tranquilizado, al parecer. Volvieron a oír el helicóptero. Traca tac-tac, traca tac-tac, traca tac-tac hacia el tren. El sol era espléndido.

—Los chinos, señorita Van Vorken —murmuró por fin Rocío—, no intervienen si no tienen nada que ver en el asunto. Escuche, estos tres hombres eran sin duda alguna del Lien Lo Pou, el servicio de espionaje chino. Y si ellos eran del Lien Lo Pou los chinos que se relacionaban con los amigos de su padre eran también del Lien Lo Pou. ¿Lo entiende?

—No muy bien... Creo que sí.

—¿Su padre no se relacionaba con ningún chino? —preguntó Marlon.

—Que yo sepa no.

—Pero formaba parte, digamos, de un grupo de amigos de

Surinam que sí se relacionaba con los chinos.

—Sí... Sí, sí.

—Entonces —intervino de nuevo Rocío— puede estar segura que su padre está metido en el mismo negocio que relacionaba a sus amigos con los chinos... Dicho de otro modo: su padre está sosteniendo relaciones de algún modo con el Lien Lo Pou. Y también de algún modo usted está involucrada en el asunto, sea voluntaria o involuntariamente.

—¡Ni siquiera estoy segura de entender todo lo que usted dice! —exclamó la muchacha.

—Usted hizo algo que obligó al Lien Lo Pou a colocar cerca de su padre algunos de sus agentes. Y según parece lo único que ha hecho es ponerse enferma. ¿O ha hecho algo más?

—¡No entiendo nada! —sollozó Marya Van Vorken.

—No tardaremos mucho en llegar a Bagdad —dijo Marlon—. Tenemos que prepararnos si queremos apearnos, pues yo no voy a estar precisamente ágil. Lo mejor sería que nos colocásemos ya en la plataforma, para bajar en cuanto el tren se detenga. Quizá allá por ahí algún vehículo, del que podamos apropiarnos. ¡Y no insistas con lo de los camellos...!

—Bueno, tratándose de Bagdad...

CAPÍTULO VIII

Resultó tener razón Rocío Alvarado: en Bagdad había camellos. Los vieron cuando estaban ya muy cerca de la estación, trotando por el páramo con jinetes en apuros sobre su jorobado cuerpo. También vieron tiendas de campaña de piel de cabra, dos oasis preciosos y, finalmente, la estación, y junto a esta un mercado, que tenía como fondo un castillo de color ocre sin duda reproducción de algún auténtico existente en la auténtica Bagdad iraquí. Cabía preguntarse si en el palacio vivía algún sultán o príncipe...

La primera persona en la que repararon en el andén fue la anciana antipática, que aguardaba con visible impaciencia. Un poco más hacia la cabeza del tren había otra persona que hizo lanzar una exclamación mezcla de incredulidad y de alegría a Marya Van Vorken:

—¡Papá!

Marlon West que se había cambiado los pantalones antes de salir a la plataforma, ayudado por Rocío, y esta, miraron vivamente a la muchacha, y enseguida hacia donde ella miraba. Los dos identificaron inmediatamente al hombre, que, muy pálido, caminaba hacia ellos: el ministro de Surinam Rij Van Vorken, sin la menor duda. Detrás de él caminaban tres hombres de catadura inconfundible: guardaespaldas. Y en todo el andén había gran cantidad de hombres que, discretamente, se mantenían vigilantes, todos mirando a Marlon, Rocío y Marya...

—Absolutamente execrable —dijo la anciana, que acababa de subir y estaba ante ellos—. ¿Qué dirían ustedes que hay en Bagdad? ¡La más grande podredumbre de que he tenido noticia en mi vida! Imagínense, hay dos harenes... ¡Dos harenes! Pero no están los dos llenos de hermosas mujeres, nada de eso... ¡Uno de ellos está lleno de hombres! Cielos, es la cosa más vergonzosa de que tengo noticia... ¡Un harén lleno de hombres! Eso sí, jóvenes y hermosos

como pocos había visto en mi vida... ¿Se dan cuenta? ¡El vicio impera en todas partes! Porque resulta que si quien llega a este Bagdad es un hombre, puede irse al harén de chicas desnudas, y retozar allá hasta agotarse... Hay chicas de todas clases y de todos los colores... ¡y todas desnudas, oigan! Están tomando el sol, o nadando en la piscina, o bailando... ¡Es un espectáculo increíble y execrable! ¿Y qué me dicen del harén de hombres? Está aparte, ¿saben? Allí están los más hermosos hombres que he visto nunca... ¡desnudos completamente, esperando a las viajeras que deseen...! Bueno, ya puede figurárselo. ¡Y ese par de... viciosas! ¡Anoche las dejé en ese harén de Bagdad, y ahí siguen todavía...! Están rodeadas de hombres, los quieren todos, creo que ni han dormido esta noche, nada más que dale que dale... Ya me comprenden... Me refiero a las dos gorditas que viajaban en nuestro vagón... ¡Jamás se me habría ocurrido que fuesen unas viciosas! Porque vamos, hacer el amor con un hombre es normal, pero ellas están haciéndolo con todos los del harén uno tras otro... ¡Qué cerdada, cielos! ¡Si las vieses desnudas como las parió su madre, retozando con hombre tras hombre...! Les he dicho que eran unas cerditas viciosas, y ¿saben qué me han replicado? ¿Eh? ¿Lo saben? ¡Oigan, que les estoy hablando a ustedes!

Rij Van Vorken había llegado al pie de la escalinata del vagón. Rocío miró apaciblemente a la anciana y le preguntó:

—¿Qué le replicaron?

—¡Que han estado ahorrando más de dos años precisamente para venir a Bagdad, de la cual les había hablado una amiga! ¡Y que de aquí no se marchan hasta que las echen!

—Hacen muy bien —le sonrió Rocío Alvarado—. Solo se vive una vez, señora. Y ahora... ¿será tan amable de ocuparse de sus asuntos?

La anciana hizo un gesto adusto, y se dirigió hacia el interior del vagón. Desde el andén Rij Van Vorken preguntó con voz tensa:

—¿Cómo estás Marya, hija...?

—No lo sé, papá —comenzó a llorar la muchacha—. ¡No lo sé!

—Por el momento está bien —dijo Rocío—, pero le diré a usted lo que Marlon, por ser hombre no se atreve a decirle a usted: si usted o sus hombres nos ponen en dificultades mataremos a su hija. De modo que apártense... Tal como están las cosas seguiremos en el

tren hasta Dulce Nombre. Y recuerde: si nosotros no llegamos vivos allá, su hija tampoco llegará viva.

—Entiendo —asintió Van Vorken—. ... ¿Me permite que viaje con ustedes?

—Se lo íbamos a sugerir —dijo duramente Marlon West—. Porque se me ha ocurrido, a pesar de la buena opinión que Rocío tiene de mí, que si usted no nos da una explicación razonable del asunto igualmente podría ocurrirle algo lamentable a su hija. Así que... ¡suba! Pero usted solo, señor Van Vorken. O sube usted solo o podemos empezar todos a disparar. Sabemos que estamos en un cepo, así que comprenderá que estemos dispuestos a todo.

Rij Van Vorken asintió, les dio unas instrucciones a sus hombres en un dialecto que hizo fruncir el ceño a Marlon, y cuando este iba a decir algo, Rocío aclaró:

—Les ha hablado en una especie de lengua criolla de Surinam llamada taki-taki. Pero no les ha dicho nada que deba preocuparnos.

—¡No me digas que también sabes el taki-taki ese!

—No, no lo sé —sonrió Rocío—, pero está claro que el señor Van Vorken ama mucho a su hija, de modo que se habrá comportado adecuadamente.

—¿Y cómo sabes tú que ama tanto a su hija?

—En primer lugar porque eso es lo normal. En segundo lugar porque todo lo que ha tramado para sacarla de su país e instalarla en un sitio que él consideraba conveniente con vistas a descubrir y atender su enfermedad. En tercer lugar, porque anoche, estuviera donde estuviera, cuando Comesaña le avisó de nuestra intervención, lo dejó todo para trasladarse sin pérdida de tiempo en avión a este lugar...

—¿Y en cuarto lugar? —masculló Marlon.

Rocío Alvarado señaló a Rij Van Vorken que acababa de subir al vagón y estaba abrazado fuertemente a su hija. Marlon miró la escena, frunció el ceño, asintió, y permaneció en silencio. Había cosas que no valía la pena molestarse en comentarlas, por lo evidentes que resultaban.

Cuando padre e hija terminaron de abrazarse Marlon señaló hacia el interior del vagón, y los cuatro regresaron allí. Marlon miró a la pareja de jóvenes, y dijo:

—Ya sé que ustedes no necesitan ningún harén, pero será mejor que se apeen en Bagdad. Y sin comentarios, jovencitos.

Éstos no se hicieron repetir las órdenes. Recogieron sus cosas y abandonaron el tren. Los Van Vorken se habían sentado juntos, y el ministro mantenía abrazada a su hija. Sentada frente a ambos Rocío Alvarado los contemplaba en silencio e inexpresivamente; sus negros ojos parecían haberse petrificado... El tren pitó, y enseguida comenzó a moverse. Marlon West, que estaba asomado a una de las ventanillas permaneció allí hasta que la estación de Bagdad hubo quedado atrás. Entonces fue a sentarse junto a Rocío, masculló algo al mover la pierna, y encendió un cigarrillo tras ofrecer a los presentes, de los cuales solo Rocío aceptó.

—Está bien —murmuró Marlon—, ¿cuál es el asunto? Y no nos venga con mentiras para niños, señor Van Vorken: la señorita y yo somos agentes secretos profesionales, no de esos simpáticos que aparecen en los telefilmes.

—Ante todo —susurró Van Vorken— ustedes tienen que garantizarme que a mi hija la van a dejar en libertad, a fin de que ella pueda seguir en manos de los profesionales de la Medicina que atiendan su enfermedad.

—Cuenta con eso —dijo enseguida Rocío.

—De acuerdo —aceptó también Marlon—. ¿Y bien? ¿Qué pintan en todo esto nuestros colegas del Lien Lo Pou?

Rij Van Vorken dejó de mantener abrazada a su hija, y se apretó una mano contra otra, bajando la mirada a ambas.

—En realidad, todo... fue una idea proveniente de China. Estaban buscando un emplazamiento para sus planes futuros, y encontraron gente en Surinam que los aceptó. Y yo no me enteré bien del asunto hasta que estuve tan metido en él que no podía salirme de él. No es que esté pretendiendo librarme de cualquier culpa, es una simple explicación...

—¿Qué es eso de los planes futuros de China? —susurró Rocío.

—Necesitaban un sitio para instalar una gran cantidad de proyectiles atómicos de largo alcance, un silo atómico; y también unos terrenos donde construir una fábrica de productos químicos. Los proyectiles atómicos, todos fabricados en China, podrían alcanzar cualquier punto de las Américas si eran disparados desde el silo-plataforma de Surinam. La fábrica de productos químicos

debía de producir la suficiente cantidad y variedad de virus para atacar de otro modo las Américas o países aislados de estas si no era conveniente o necesario recurrir al poderío nuclear. De este modo, en un determinado momento, China podría ejercer una... presión chantaje sobre el continente americano, o bien, pulverizarlo y/o infectarlo con virus si la situación llegaba a ponerse tan tensa que tenía necesidad de diezmar el potencial enemigo antes de ser atacado.

—Oh, Dios mío —gimió Marya Van Vorken.

Los dos espías miraban a Van Vorken con ojos que parecían de cristal, tan quietos y fríos se mostraban. Tras unos segundos de silencio, Marlon inquirió:

—¿De modo que Surinam es ahora un silo atómico de China?

—Todavía no. Por el momento se está llevando a cabo la primera fase, esto es, la instalación de laboratorios para la fabricación de los virus... Precisamente en la visita que hicimos a uno de ellos contrajo mi hija la enfermedad, así como algunos de nuestros amigos, que al regreso de Paramaribo contagiaron a otras personas... En cuanto nos dimos cuenta aislamos a nuestros amigos y a las personas que habían sido contagiadas, y estamos vigilando la posible aparición de nuevos síntomas en otras personas, cosa que afortunadamente parece que no va a suceder más. Mientras tanto, claro está, mis amigos y los demás afectados están siendo... observados clínicamente en Paramaribo, por personal médico especializado.

—Ya —dijo secamente Marlon—, pero no tan especializado como usted quería para su propia hija, ¿verdad? Por eso la sacó de Surinam con el pretexto de unas vacaciones en Estados Unidos, pero lo que realmente quería usted era traerla a Ferrocarriles Fantasía, donde su buen amigo Comesaña la mantendría oculta el tiempo que fuese necesario, y bien atendida por los tres médicos norteamericanos especialistas que contrató secretamente, y que junto con el material que precisasen, fueron traídos aquí sin que ellos mismos supieran donde se hallaban. ¿No es así?

—Si... Es así.

—Aclaremos una cosa —intervino suavemente Rocío—: ¿los proyectiles atómicos están o no están ya en Surinam?

—No. Solo una parte de las instalaciones de laboratorios, donde

se comenzaron a hacer trabajos de prueba... que dieron ese maldito resultado. Por el momento dimos orden de que paralizasen sus actividades.

Los dos espías seguían mirándole fijamente. De pronto Marlon se puso en pie, y se alejó unos pasos cojeando por el pasillo. Se volvió y le hizo una seña a Rocío, que se reunió con él. Durante cinco o seis minutos estuvieron reunidos cuchicheando. Afuera el sol debía de estar cociendo las piedras.

Se oía el traca tac-tac del trenecito que proporcionaba el viaje extravagante.

Rocío y Marlon volvieron a ocupar sus asientos.

—Le vamos a ofrecer un trato que no admite contrapropuestas ni contracondiciones. Simplemente, usted lo acepta o se atiene a las consecuencias. Éste es el trato: Rocío y yo nos vamos a encargar de que, con toda discreción su hija sea atendida en Estados Unidos, donde, precisamente estudiándola a ella, médicos adecuados podrán hallar exactamente la afección vírica que la afecta, y, vamos a esperarlo así, salvarle la vida; no solo esto, sino que las indicaciones médicas propuestas serían enviadas a Surinam para que las demás personas afectadas puedan también ser atendidas y curadas... si es que eso se puede hacer y se está todavía a tiempo. Mientras tanto, usted va a regresar a Surinam, y va a informar a sus... amigos chinos que la CIA y el Servicio Secreto mexicano se han enterado de todo el asunto, y que les ofrece dos alternativas. Una: retirada de todo el material de laboratorio e inmediato abandono de cualquier parte de los planes que les ha hecho buscar esta relación con Surinam, a cambio de simple silencio de nuestros respectivos servicios secretos de este intento de jugada. Dos: de no aceptar esto el mundo entero será informado de la jugada de China en Surinam, y como consecuencia de ello China iba a perder muchos amigos, pues todos los países que se relacionan con ella temerían que en cada país buscarse un grupo parecido al de Surinam que les ayudase a la instalación de silos atómicos y de laboratorios que podrían causar contagios víricos como el que afecta a su hija y a otras personas de Surinam. ¿Me ha entendido bien?

—Desde luego —tragó saliva Rij Van Vorken.

—Perfecto. Nosotros nos llevaremos a su hija desde Dulce Nombre a Estados Unidos, o adonde mis jefes me indiquen. Usted se

quedará en Dulce Nombre y desde allí regresará a Paramaribo con nuestras condiciones. Dentro de veinticuatro horas nosotros le llamaremos a su domicilio de Paramaribo, y nos dirá qué ha respondido el Lien Lo Pou a nuestro trato. ¿Tiene alguna duda?

—No... No, en absoluto.

—Pues no hay nada más que hablar.

—Casi no puedo creerlo —jadeó Van Vorken—. Ustedes no se están comportando como espías, sino como... como personas que tienen un corazón que...

—No me toque las narices —gruñó Marlon.

—Lo que Marlon quiere decir —deslizó con engañosa suavidad Rocío Alvarado— es que no se trata de lo que usted cree, sino de lo que nos conviene a nosotros: o le utilizamos a usted, o cuando pasemos el informe determinamos que determinada zona de Surinam sea «accidentalmente» bombardeada. Y eso es lo que no tendría ninguna gracia para nosotros: que pagase quien nada tiene que ver con esto, es decir, la gente corriente e ingenua de Surinam.

—De todos modos...

—Cierre la boca —ordenó de mal talante Marlon West—. ¡Maldita sea su estampa, cierre la boca o se la parto a guantazos!

Marya Van Vorken rompió a llorar.

Unos tres minutos más tarde comenzaron a oír el helicóptero. Rocío le echó un vistazo, hizo un movimiento como de sorpresa, y todos se dieron cuenta de la mucha atención que dedicaba al aparato... el cual se oía cada vez más cerca. Debía de estar volando prácticamente encima del tren, o al lado mismo. Por fin, Rocío se volvió hacia Marlon, y sonrió secamente:

—No te lo vas a creer: Lázaro Comesaña no murió.

—¿Lo has visto en el helicóptero? —exclamó Marlon.

—Sí. Mirando el tren con una cara de rabia que no presagia nada bueno. Sabe que viajamos en él. Y otra cosa: he visto los rostros de dos chinos junto a Comesaña. Es decir, que todavía quedan chinos por aquí. No vamos a tener nada fácil el camino hacia Dulce Nombre.

Marlon asintió sombríamente, y se sentó junto a Rocío... en el momento en que en la ventanilla aparecía la silueta del helicóptero, cuyo zumbido casi les impedía oírse. El aparato estaba volando ahora junto al tren y paralelo a este. Con su rostro junto al de

Rocío, Marlon vio el aparato, y en este, en efecto, a Comesaña, que tenía la cara llena de sangre y vendada su calva cabeza. Junto a él vio el rostro de un chino...

Y justamente entonces, Lázaro Comesaña les vio a ellos dos. Rocío y Marlon vieron el brusco gesto del mexicano señalando hacia la ventanilla desde la que ellos le contemplaban. El chino miró hacia allí inmediatamente. Le vieron mover los labios. Lázaro Comesaña les amenazó con el puño, lo que hizo sonreír a los dos espías.

—Parece enfadado —dijo Rocío.

—¿Por qué será? —inquirió festivamente Marlon.

Vieron desaparecer el rostro de Comesaña. Su lugar lo ocuparon dos chinos, y enseguida mostraron dos fusiles de mira telescópica, apuntando hacia el tren. El que había hablado antes exhibió un fusil lanzagranadas.

—¡Al suelo! —exclamó Rocío—. ¡Todos al suelo!

Se tiraron a tiempo de esquivar las primeras balas que dispararon desde el helicóptero. Marlon lanzó un aullido cuando sintió el tirón de su pierna herida. Rij Van Vorken lívido como un muerto, abrazaba a su hija. Rocío se arrastró hasta el pasillo... La sombra del helicóptero desapareció cuando el tren comenzó a frenar. Sin duda el conductor de la locomotora había recibido órdenes en ese sentido, o se había asustado y prefería afrontar la inesperada situación a tren parado... Hacia la cabecera del tren se oyó una explosión, y todo el tren retembló antes de detenerse definitivamente.

—Han disparado una granada, pero al frenar el tren le han dado a otro vagón —murmuró Rocío—. Ahora girarán para volver a por nosotros.

El helicóptero se había alejado lo suficiente para que en el exterior pudieran oírse los gritos de las pocas personas que viajaban en el tren, y que se apresuraban abandonarlo ahora. Aparecían en el páramo gritando. Una columna de humo negruzco ascendía hacia el cielo desde el vagón acertado por la granada. En la distancia el helicóptero iniciaba ya el giro. La gente corría alejándose del tren...

—Si el tren se queda quieto nos harán papilla con toda facilidad —dijo Marlon—. O lo movemos jugando con él como si fuera un juguete, o a las primeras de cambio nos hacen polvo. Voy a

intentar...

—Yo lo haré que no tengo una pierna herida —cortó Rocío—. Tú dispara contra ellos a ver si hay suerte.

Rocío Alvarado echó a correr por el pasillo hacia la cabecera del tren, cuyo vagón de pasajeros de cien mil dólares había desaparecido, para ser llevado, sin duda, a algún lugar de refinamientos especiales utilizando una vía especial... Corriendo por los pasillos interiores de los vagones, Rocío oyó los disparos, y el estampido de otra granada, la rotura de cristales... Sabía que Marlon West era lo bastante listo para haber abandonado con los Van Vorken, el vagón donde habían sido vistos por Comesaña y los chinos, pero estos acabarían por hacer trizas todo el trenecito, así que los harían también trizas a ellos...

¡Tenía que llegar a la locomotora! Y no solo eso, sino arreglárselas para ponerla en marcha, porque era seguro que el conductor se habría alejado del tren tan deprisa como los viajeros.

Mientras tanto, dentro de otro vagón, pues en efecto Marlon y los Van Vorken se habían apresurado a abandonar el vagón ocupado hasta entonces, el peligro parecía inexistente. No obstante, Marlon sabía, que sin duda, el helicóptero iría destrozando sistemáticamente el tren... Lo oyó pasar, por un momento su sombra se proyectó dentro del tren, oyó los disparos de rifle... El helicóptero dejó atrás el tren. Naturalmente, ahora volvería, de nuevo los querrían acribillar.

—Morir por morir, os voy a dar guerra —masculló Marlon.

Prescindiendo de los Van Vorken, que estaban tirados en el pasillo, el espía americano fue a sentarse junto a una ventanilla, cuyo cristal bajó. Empuñó su pistola y esperó, tensó el rostro. El tren dio una sacudida, luego unos cuantos tirones, y comenzó a desplazarse. Marlon sonrió: aquella mexicana valía su peso en oro...

El tren volvió a circular casi normalmente cuando al helicóptero proyectó de nuevo su sombra hacia el interior. Marlon West esperó hasta el último momento, es decir, hasta que lo tuvo frente a su ventanilla, bajo la cual se había inclinado. Se irguió de pronto, y, a menos de ocho metros, vio a los chinos, y, borrosamente, detrás de ellos, el rostro de Comesaña y la silueta del chino que iba a los mandos.

El espía americano sacó el brazo armado por la ventanilla. Los

chinos y Comesaña le vieron, allá frente a ellos, a unos ocho metros, apuntándoles serenamente, como si todo fuese un juego. Un súbito gesto de alarma apareció en el rostro de los dos chinos armados de rifles; el que utilizaba el fusil lanzagranadas estaba recargando este. Hacia el fondo, Marlon vio la expresión de sobresalto de Lázaro Comesaña...

¡*Pack, pack, pack!*!, disparó velozmente su plana pistola.

Como en una película sádica, Marlon West vio las salpicaduras de la sangre reluciendo al sol talmente como gotas de mercurio. Se produjeron dentro del helicóptero, pero salieron fuera lanzando destellos... mientras la cara de Comesaña parecía súbitamente teñida de rojo y la cabeza del piloto del helicóptero explotaba como un melón al que hubiesen colocado en su interior un petardo.

Fascinado. Marlon West vio descender el helicóptero, dando bandazos. Alcanzó quizás los veinte metros, dio más bandazos, hizo un ruido raro, pareció que fuese a recuperar la estabilidad... y de pronto comenzó a caer en picado. Cuando se estrelló contra el suelo desértico, quedando en el acto envuelto en llamas, el trenecito de Ferrocarriles Fantasía, el Tren De Los Solitarios, ya estaba a más que suficiente distancia para que la explosión no le afectase en modo alguno.

Desde el vagón estación llamado Dulce Nombre, las dos preciosas muchachas vieron aparecer el tren en la distancia. Una de ellas era pelirroja, verdaderamente bonita; la otra era la no menos bonita llamada Celia Harlow, la taquillera que había expedido los *tickets* a Rocío y a Marlon para el viaje extravagante.

—O sea —susurró la pelirroja—, que ese sujeto ha conseguido escapar y ahí llega, dispuesto a seguir su fuga y llegar de regreso a Estados Unidos.

—Eso será si nosotras le dejamos —sonrió Celia Harlow, sacando una pistola provista de silenciador de un cajón de un mueble instalado en la taquilla del vagón—. También quería escapar el otro yanqui que llegó siguiendo a Marya Van Vorken, y no se lo permitimos.

—Será mejor que vayamos con cuidado, de todos modos —dijo cautamente la pelirroja—. ¿Los esperamos fuera o aquí?

—Mejor afuera como demostrando sorpresa inocente por el hecho de que el tren venga a la estación de partida sin

corresponderle.

—Buena idea.

Las dos empleadas «especiales» de Ferrocarriles Fantasía salieron del vagón que era la estación Dulce Nombre, escondiendo cada una su pistola en la espalda. Solo tenían que esperar la llegada del tren, colocarse junto a él, y esperar que apareciese Marlon West y, seguramente, la mexicana que, según les habían informado horas antes, había formado frente común con él. En cuanto los tuvieran a tiro solo tenían que dispararles, y asunto terminado.

El tren llegó. Se detuvo. Durante una eternidad, o al menos así lo pareció, no ocurrió nada, nadie se dejó ver. De pronto, desde la locomotora les llegó la voz de Rocío Alvarado:

—¡Eh, oigan, vengan a ayudarme...! ¡Traigo herido a Marlon...!

La rubia y la pelirroja miraron a la morena Rocío, asintieron, y se acercaron lentamente, cautamente. Se daban cuenta de que, al menos en apariencia, no viajaba nadie más en el tren. La morena estaba en la entrada a la locomotora, haciéndoles señas de apremio.

—¡Dense prisa! ¡Está perdiendo mucha sangre, y puede morir de un momento a otro!

Celia Harlow y su compañera de taquilla y de servicios «especiales» para el ya extinto y carbonizado señor Comesaña, sonrieron cautivadoramente a la morena. Al mismo tiempo mostraron sus armas, mientras decían:

—Ten por seguro que va a morir, como murió el otro... guapita.

—De manera que fuisteis vosotras —sonó la voz de Marlon West.

Las dos bellezas soltaron un respingo de antología. Se olvidaron en el acto de Rocío Alvarado, para mirar con ojos desorbitados hacia la ventanilla del vagón restaurante donde había sonado la voz de Marlon West.

Éste, sencilla y llanamente, apretó el gatillo de su pistola.

¡Pack, pack!

Aunque ciertamente a Claude Hawkins no le servía de nada, acababa de ser vengado.

ESTE ES EL FINAL

—¡Caray! ¡Una espía en *topless*!

Rocío Alvarado que estaba tomando el sol, efectivamente sin la pieza de arriba del bikini, abrió los ojos, y, por entre rayos solares vio la alta figura masculina que parecía descomponerse en destellos luminosos. Se sentó con gesto elástico, imprimiendo en sus gestos un movimiento de lo más sugestivo. Sus negros ojos quedaron fijos en los claros del espía yanqui.

—De modo que efectivamente has venido —susurró.

—¿A qué viene esa sorpresa? —Frunció el ceño Marlon West—. Creo que la cosa quedó bien clara, ¿no? Hicimos un trato: yo me llevaba a Marya a Estados Unidos, tú te encargabas de facilitarle el viaje de regreso a su padre a Surinam, y cuando las cosas se hubiesen encauzado debidamente, y nuestros respectivos servicios pudieran prescindir de nosotros nos encontraríamos en esta playa, donde el primero en llegar habría alquilado un *bungalow*... ¿No fue ese el trato?

—Sí —asintió Rocío—. ¿Qué sabes de Marya?

—Parece que las cosas todavía podrán arreglarse, en ese sentido. En cuanto a los chinos desaparecieron de Surinam por arte de magia. Bueno, ¿qué? ¿Me pongo a tomar el sol contigo o nos vamos los dos dentro del *bungalow* a hacer el amor hasta morir de gusto? Porque esto último fue lo que convinimos, ¿no es cierto?

—Sí —susurró Rocío, poniéndose en pie y abrazándose al cuello de Marlon West—, pero estaba convencida de que no vendrías.

—Rocío, que estás muy buena, cariño. ¡Cómo demonios no había de venir a pasármelo fenómeno contigo...!

—Bueno... A fin de cuentas ya tuviste todo lo que quisiste de mi aquella noche que pasamos juntos en Ferrocarriles Fantasía, en la mansión de Lázaro Comesaña...

—¿Y qué? ¡Quiero muchas más noches contigo! Y más

tranquilas, dedicadas solo al amor, sin pensar que estamos en peligro y cosas así. ¡Quiero millones de noches contigo!

—¿Tanto te gustó? —Acercó ella su boca a la de él.

—Más que vivir —susurró Marlon West—. Pero además me ha pasado una cosa muy rara contigo; una cosa que no me ha pasado antes con ninguna otra mujer: me he enamorado de ti, Rocío. Te amo.

—Oh, Dios mío —se estremeció la mexicana—. ¡Además de hacerme gozar como una loca, me amas...!

—No se puede pedir más, ¿verdad? —dijo Marlon West.

Y para empezar le mordió la boca a Rocío Alvarado.

FIN

GAÑE
1.000.000
DE PESETAS

GRAN CONCURSO
MENSUAL

ESCRIBA SUS DATOS PERSONALES (EN MAYUSCULAS)

NOMBRE

APELLIDOS.....

CALLE.....No

POBLACION

PROVINCIA.....

DATOS DEL QUIOSCO O LIBRERIA.....

PLAZA O CALLENo

POBLACION

PROVINCIA.....

● INSTRUCCIONES DEL
CONCURSO EN EL INTERIOR



8 410018 035758

BRUGUERA

PRECIO EN ESPAÑA
75 PTAS.
IMPRESO EN ESPAÑA

